



13. GENTES Y COSAS, UNIDAS POR EL MAR: NUEVOS APORTES TEÓRICOS Y METODOLÓGICOS DE LA ARQUEOLOGÍA HISTÓRICA EN EL CARIBE VENEZOLANO

Konrad A. Antczak¹

RESUMEN

En este capítulo abro una ventana a las desconocidas vidas de los marineros que durante los siglos XVII y XVIII navegaron el Caribe venezolano en búsqueda de sal marina, dejando grandes cantidades de cosas cotidianas en sus campamentos a orillas de la salina de la Isla de La Tortuga. Aquí explico el marco teórico y metodológico de “conjuntos de práctica” que desarrollé para organizar y entender mejor esta gran abundancia de cosas y sus entrelazamientos con los marineros a través del tiempo. Empleando el marco de “conjuntos de práctica” y manteniendo un diálogo constante entre la evidencia arqueológica y los archivos, revelo algunos de los cambios en estos conjuntos que acontecieron entre el siglo XVII y XVIII. Finalmente, a través de este capítulo busco desempolvar el pasado colonial olvidado del Caribe venezolano y volver a engarzarlo con el panorama oceánico más amplio del Gran Caribe y el mundo atlántico. Como concluyo, el Caribe venezolano era mucho más que un sereno remanso o una barrera húmeda, era un vital y pujante tejido conectivo que unía a gentes y cosas de mares cercanos y lejanos en nuevos y crecientes entrelazamientos.

ABSTRACT

In this chapter I open a window onto the unknown lives of sailors who during the seventeenth and eighteenth centuries sailed the Venezuelan Caribbean in search of sea salt, leaving large quantities of everyday things in their campsites by the saltpan of the Island of La Tortuga. Here I explain the theoretical and methodological framework of "assemblages of practice" that I developed to organize and better understand this great abundance of things and their entanglements with seafarers over time. Employing the framework of "assemblages of practice" and maintaining a constant dialogue between archaeological and archival evidence, I reveal some of the changes in these assemblages that occurred between the seventeenth and eighteenth centuries. Finally, through this chapter I seek to unearth the forgotten colonial past of the Venezuelan Caribbean and reconnect it with the broader maritime panorama of the Greater Caribbean and the Atlantic world. As I conclude, the Venezuelan Caribbean was much more than a sleepy backwater or a wet barrier, it was a vital and thriving connective tissue that linked people and things from near and distant shores in new and growing entanglements.

1. Departament d'Humanitats, Universitat Pompeu Fabra, Barcelona, España y Unidad de Estudios Arqueológicos, Universidad Simón Bolívar, Caracas, Venezuela; konrad.antczak@upf.edu, konradaantczak@gmail.com

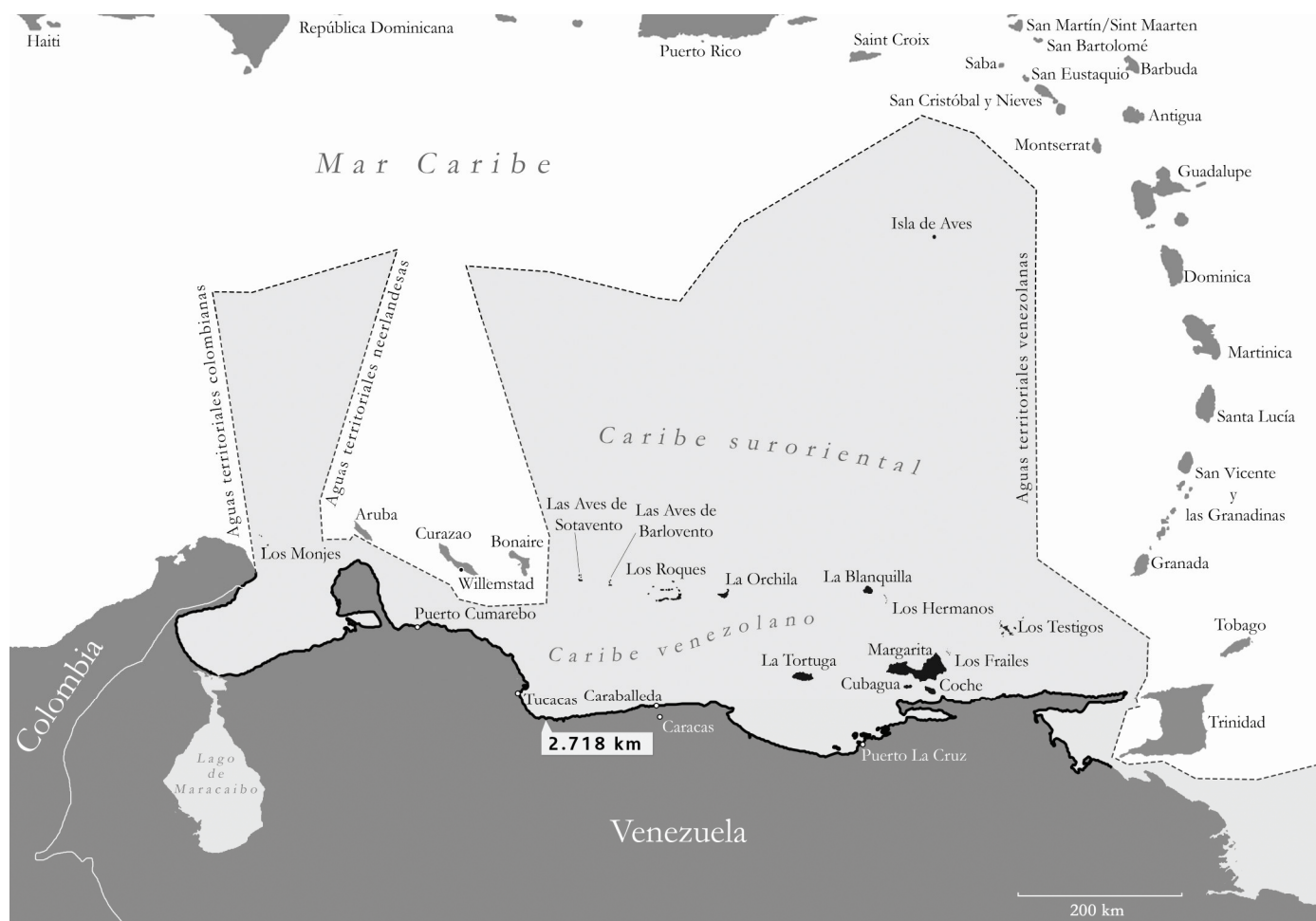


Figura 1. Mapa que muestra la extensión del mar territorial de Venezuela, destacando en negro las más de 90 islas del país y los 2718 kilómetros de su costa caribeña continental.

INTRODUCCIÓN: SITUANDO EL CARIBE VENEZOLANO

El Caribe venezolano se nos presenta deslumbrante y vasto, con sus impecables arenas y sus serenas aguas. Contiene más de 90 islas, y su dilatada línea de costa es la segunda más larga del mar Caribe, con una longitud de 3758 km (Fig. 1) (Moreau, 2007:405). Este Caribe venezolano era una amplia zona de influencia marítima de la Venezuela colonial y republicana que se extendía más allá de las islas venezolanas y la costa continental incluyendo, al oeste, las islas de Aruba, Curazao y Bonaire y al este, las islas de Trinidad y Tobago (Fig. 1). Comenzando con el tercer viaje de Cristóbal Colón en 1498, este mar atrajo navegantes de latitudes lejanas, seduciéndolos no solamente con la promesa de oro, perlas y cacao de contrabando, sino también con el

cloruro de sodio, ese modesto mineral nacido del sol y el mar. Es por esto por lo que la arqueología histórica, o colonial y republicana, del Caribe venezolano nos ofrece una ventana única para adentrarnos en los movimientos marítimos y las vidas cotidianas hasta ahora desconocidas de los miles de marineros que acamparon en las salinas de las islas venezolanas desde el siglo XVII hasta finales del XIX.

Las excavaciones realizadas en los campamentos junto a las salinas han revelado una abundancia de restos materiales dejados por los marineros durante sus visitas en búsqueda de la sal. A diferencia de las excavaciones arqueológicas de naufragios sepultados bajo el agua tras catastróficos siniestros, las cosas excavadas en tierra – entre ellas, pipas, poncheras, platos, sables, teteras y hebillas – fueron traídas intencionadamente por los marineros a las islas, y

luego de ser desechadas, perdidas u ocultadas, pasaron a formar parte del registro arqueológico. Como las islas del Caribe venezolano permanecen en gran medida deshabitadas debido al rigor de sus parajes sin agua potable, los campamentos junto a las salinas permanecieron prácticamente intocados por la actividad humana desde el día en que fueron abandonados por los marineros hace cientos de años, hasta que nuestras palitas cortaron la arena. Por esto, la inesperada abundancia y variedad de cosas halladas en los campamentos, así como la riqueza de las fuentes documentales disponibles, hacen del Caribe venezolano un laboratorio de arqueología histórica particularmente fascinante.

En primer lugar, al encontrarme con estas riquezas arqueológicas tuve que abordarlas de la manera que mejor las pudiera aprovechar. Nunca se habían encontrado, ni mucho menos excavado, campamentos efímeros de la temprana edad moderna con tales características de ocupación temporal pero prolongada e intensa. Es por esto por lo que en este capítulo procuro mostrar cómo el enfrentarse a bolsas de tientos y diversos documentos dio lugar a un nuevo marco conceptual – el de “conjuntos de práctica” – a través del cual organizo de forma productiva toda esta evidencia y ayudo a arrojar nueva luz sobre las vidas olvidadas de los marineros del siglo XVIII y sus relaciones con las cosas.

En segundo lugar, la historia colonial y republicana del Caribe venezolano y sus islas ha languidecido en un cierto olvido colectivo y había que empezar a desempolvarla. Si se compara con la gran cantidad de textos plantados en Tierra Firme, para ser un país caribeño continental tan influyente históricamente, poco se ha escrito en la historiografía venezolana sobre su extenso mar (e.g., Nweihed, 1974; Aizpurua, 1993; Cervigón, 1995; Britto García, 1998; Ortega Rincón, 2003; Bracho Palma, 2005a, b; Rodríguez Velásquez, 2023; Rondón, 2009; Guía y Farage, 2015; Vivas Pineda, 1998, 2015; Cromwell, 2018). A diferencia del ámbito literario donde “se han logrado los más importantes logros de la narrativa marina venezolana” (Andrade Fernández, 2021; ver también Subero, 1974), y dónde destacan autores como Enrique Bernardo Núñez (1931) con su novela “Cubagua”, Antonio Arraíz (1950) con “El mar es como un potro: (Dámaso Velázquez)”, o Gustavo Díaz Solís (1943) con “Llueve sobre el

mar”, entre muchos otros, el imponente Caribe venezolano ha, curiosamente, recibido escasa atención de los historiadores y menos aún de los arqueólogos. De ahí que, en este capítulo les presento mi tentativa de empezar a devolverle al Caribe venezolano y a las personas que en él transitaban y vivieron, algo de su debido peso histórico nacional e internacional.

A VIENTO Y VELA: TEORIZANDO LAS MOVILIDADES DE MARINEROS Y LOS ITINERARIOS DE COSAS

Habiéndonos situado en el Caribe venezolano, ahora ahondaremos en las excepcionales posibilidades que este medio líquido les proporcionaba a las gentes de mar que lo atravesaban y usaban durante la temprana edad moderna. Pero, para poder trazar las movilidades de los marineros que cruzaban el Caribe venezolano y los itinerarios de las cosas que llevaban a bordo de sus embarcaciones, toca adentrarse en algunas consideraciones teóricas con las cuales construyo mis interpretaciones del pasado de la región, porque, a sabiendas o no, todos los arqueólogos usamos teoría ya que la teoría es – en su esencia – la manera en la cual organizamos los datos. Por esto, a continuación, explicaré ese extraño término “cosa” (*thing*) y el concepto de “entrelazamiento” (*entanglement*), para así llegar a explicar mejor el concepto de “itinerarios de cosas” que formulé para entender mejor las vidas sociales de las cosas que hallé en las islas de Venezuela y las movilidades de los marineros que las trajeron.

Las cosas, sus entrelazamientos y sus itinerarios

Para empezar, ¿por qué mi insistencia en usar el término “cosa”? Muchos probablemente dirán que la palabra “cosa” es menos técnica y más ambigua que la más comúnmente usada palabra “objeto”. Además ¿por qué cuestionar un término tan asentado y ampliamente usado en nuestra disciplina? En cierto sentido, sí, “cosa” es no tanto un término ambiguo como uno más amplio e incluyente y, más importantemente, no conlleva el intrínseco dualismo del término “objeto”, que necesita una contraparte – el “sujeto” – y nace del proceso de objetivación (para

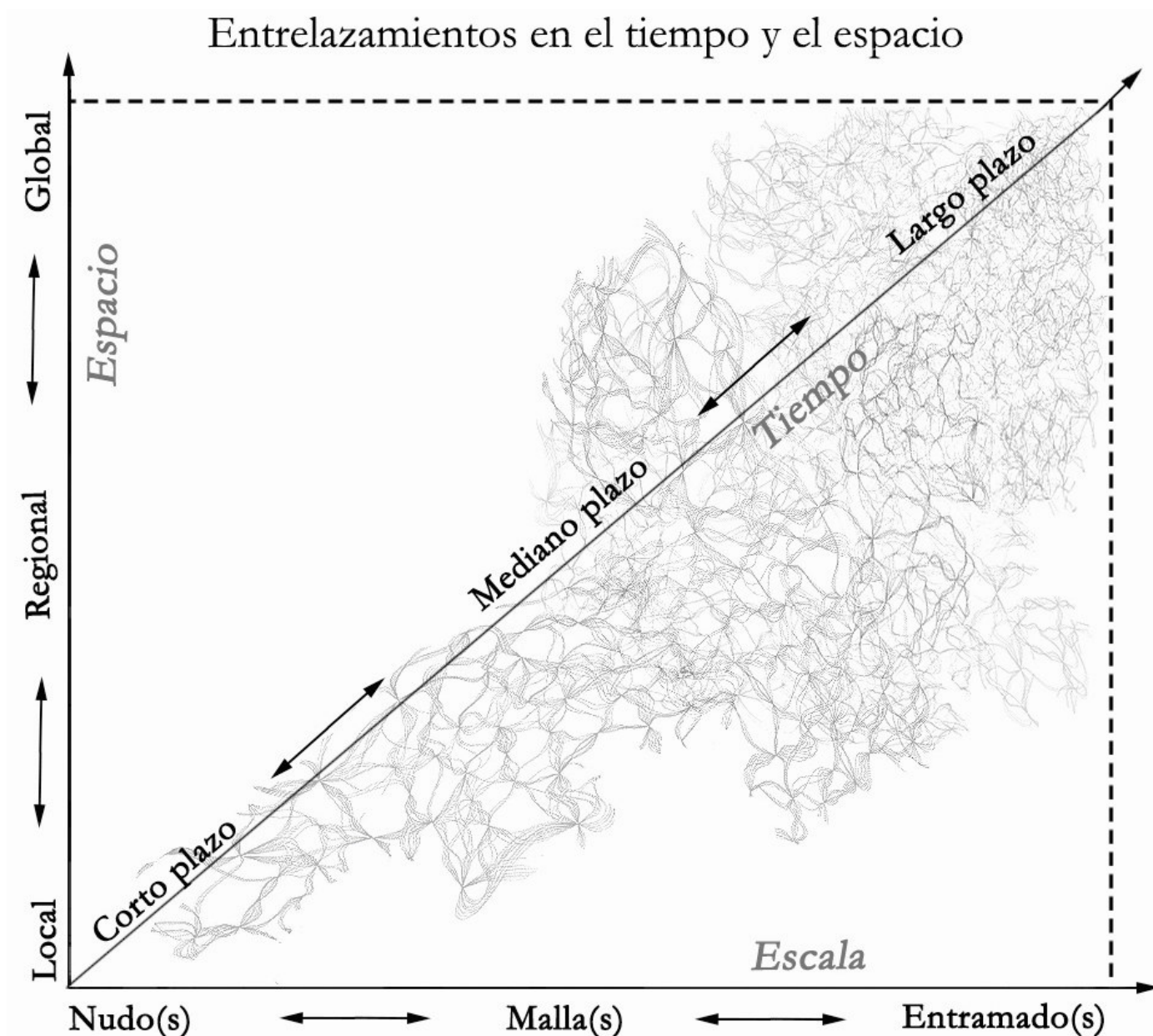


Figura 2. Diagrama ilustrando las escalas de “entrelazamiento” en el espacio y el tiempo. Las flechas muestran la recursividad, donde los entrelazamientos a largo plazo y a gran escala pueden repercutir en nuevos eventos locales de anudamiento, y viceversa; así, lo global también puede anidarse dentro de lo local.

una definición clásica, ver Shanks y Tilley, 1987:130). Este dualismo de “objeto” y “sujeto” tiene su base en el legado filosófico de Descartes, Kant, Hegel y Marx y sus planteamientos fundacionales que han estructurado el pensamiento dialéctico occidental. Considero que en nuestra arqueología venezolana y latinoamericana hemos de cuestionarnos críticamente la herencia asumida de las epistemologías ilustradas y modernas occidentales y sugiero que cambiando

“objeto” por “cosa” estaremos tomando un importante paso hacia librarnos de un legado intelectual que constriñe nuestras interpretaciones del pasado, tornándolas frías, estáticas y monocromas.

El cambio cualitativo de “objeto” a “cosa” puede compararse a la manera en la cual el discurso académico ha pasado de las nociones de “espacio” (*space*) a las de “lugar” (*place*), y de la idea de “ambiente” (*environment*) a la de “paisaje” (*landscape*),

influenciado por formas más amplias y complejas de ver el mundo (Tuan, 1977; Ingold, 1993; Tilley, 1994; Hodder, 2012:10; Herrera Malatesta, 2018). En este sentido, los objetos existen como entidades estáticas mientras que las cosas ocurren, son dinámicas y vibrantes (Bennett, 2010); ilustrado de forma sencilla, si los objetos son sustantivos, las cosas son verbos (Ingold, 2015:124). Por ende, el mundo es fundamentalmente un mundo de cosas, sin objetos, ya que "los objetos y los sujetos sólo pueden existir en un mundo ya modelado, ya fundido en formas fijas y definitivas; las cosas, por el contrario, están en modelamiento" (Ingold, 2013:94, 2015:13–17). Además, las cosas, a diferencia de los objetos, no son meramente intermediarios representativos hacia algo más allá de ellas, es decir, hacia la intencionalidad y el significado que le imparten los humanos. Por esto considero que fuera de nuestras mentes no hay objetos, sólo existen cosas.

Entonces las cosas – siendo agrupaciones de materia en movimiento – están en un constante estado de cambio (Ingold, 2011:22–24, 2015:41–45). Por ejemplo, esto se percibe claramente en la superficie de una hoja viviente que absorbe la luz del sol y transpira agua; o la superficie inanimada de un peñasco, persistentemente erosionada por musgos, agua y hielo; o incluso la Mona Lisa de Leonardo DaVinci que ha sido transformada a lo largo de los siglos por procesos tanto humanos como naturales, ambientales, químicos y mecánicos (Domínguez Rubio, 2016). Además, las cosas exhiben "vidas" inquietas y siempre itinerantes al pasar por diferentes regímenes sociales, culturales, económicos e ideológicos de valor (a esto apunto con el concepto de "itinerarios de cosas" que explico más abajo). De este modo, las cosas (incluidos nosotros, los seres humanos) no se muestran como entidades estáticas y circunscritas (objetos) sino como líneas (Ingold, 2015). Es importante destacar aquí que por razones epistemológicas y políticas – y principalmente éticas y morales – para mí la arqueología no debería dejar de ser antropocéntrica (Antczak y Beaudry, 2019:89), y no estoy abogando por equiparar a los humanos con las cosas en términos de valor y dignidad en una simetría relacional, a excepción del estudio de otras ontologías, cómo las indígenas que pueden dictar distintas maneras de relacionarse entre los humanos y los seres otros-que-los-humanos (e.g., Viveiros de

Castro, 1998, 2004; Santos Granero, 2008; Rival, 2012). Aunque el humano conceptualmente también es una cosa vibrante (materia en movimiento) que deja una estela lineal en el tiempo y el espacio, separo a los humanos de las demás cosas para poder así justamente escudriñar los entrelazamientos de humanos con cosas no-humanas. Estas múltiples consideraciones proporcionan la base de mi uso intencional de "cosa" en vez de "objeto" en este capítulo y en mis investigaciones.

Ahora bien, el próximo concepto que utilizo y que he adaptado a mis investigaciones es el de "entrelazamiento". El entrelazamiento no sólo es un concepto sino también una teoría que busca explicar la relación entre los seres humanos y las cosas y ha sido reconceptualizada y aplicada a la arqueología en los últimos años por Ian Hodder (2011, 2012, 2014, 2016), aunque tiene sus raíces en el estudio pionero del antropólogo Nicholas Thomas (1991) en el Pacífico sur. Para Hodder (2016:5), el entrelazamiento comienza con las interrelaciones entre humanos y cosas y exhibe, por un lado, una dependencia positiva (*dependence*) que es útil y ayuda a los humanos, y por el otro, una dependencia negativa (*dependency*) que es restrictiva y dominante y nos aprisiona (Hodder, 2014:20). Es una teoría íntimamente relacional, que va más allá de las teorías de la materialidad (e.g., Tilley, 2007; Meskell, 2008), para entender cómo las cosas materiales crean ataduras específicas y prácticas entre el ser humano y ellas mismas. Las cosas naturales como la grama, los glaciares o las gaviotas tienen sus ciclos de nacimiento, vida y muerte, pero las cosas que dependen de los humanos no pueden reproducirse por sí solas: nos necesitan. Además, a menudo necesitan otras cosas para funcionar, como, por ejemplo, una vasija de barro que necesita una fogata o un horno donde ser quemada, o una embarcación que necesita viento y velas para desplazarse. De este modo, el ser humano depende de las cosas y se ve implicado en sus itinerarios, quedando cada vez más atrapado en nuevos y más densos entrelazamientos de los que resulta más difícil zafarse con el paso del tiempo.

Considero que la utilidad arqueológica directa del concepto de entrelazamiento puede ser esquiva e intangible si no lo sistematizamos para que nos ayude a dilucidar cambios, continuidades o transfor-



Figura 3. Mapa del grupo insular de la Isla de La Tortuga y sus cayos adyacentes, indicando la ubicación de la salina y el sitio arqueológico de Punta Salinas.

maciones en las relaciones entre humanos y cosas a través del tiempo y el espacio. Por esto, he propuesto que podemos visualizar la cantidad y complejidad de entrelazamientos a través del espacio y el tiempo, analíticamente, en tres escalas. Todo entrelazamiento comienza con un nudo. Los nudos son donde se entrelazan las líneas de vida de los seres humanos y los itinerarios de las cosas. Es empezando en estos nudos de entrelazamiento donde los seres humanos y las cosas comienzan a verse envueltos en relaciones de dependencia que posibilitan o constriñen. Los nudos nacen de acciones concretas, que se producen en la escala temporal del corto plazo, y pueden ser tan simples como la compra de una tinaja de un locero en el puerto de La Guaira a finales del siglo XVIII, o un grupo de personas bebiendo vino francés y comiendo pavo en una elegante cena en la Quinta Anauco de Caracas del siglo XIX (González Portales, 2014).

La escala intermedia de entrelazamiento es la de la malla. Las mallas, por tanto, son agrupaciones de nudos en las que aumenta el número de entrelazamientos entre humanos y cosas, humanos y humanos, y cosas y cosas (Fig. 2). Las mallas pueden incluir grupos o comunidades de personas

relacionadas por tareas, relaciones de producción o de práctica, y normalmente se sitúan dentro de contextos espaciales localizados. La mayoría de las mallas se crean a partir de series de acontecimientos (en la escala temporal del mediano plazo) que pueden ocurrir en el lapso de varios meses o hasta años. Estas mallas de entrelazamiento son producto de las prácticas de la vida cotidiana con sus acciones habituales que implican actividades de mantenimiento (Montón-Subías y Almudena, 2017), así como de innovación y cambio (Robin, 2013). Como lo explicaré más adelante, las mallas de entrelazamiento se pueden ver en el registro arqueológico a través de los “conjuntos de práctica” (*assemblages of practice*).

Por último, el “entramado” (*meshwork*) es toda la maraña de entrelazamientos compuesta por una multiplicidad de mallas e innumerables nudos de seres humanos y cosas (Fig. 2). El entramado sólo puede percibirse y estudiarse en toda su complejidad desde la perspectiva temporal del largo plazo durante la cual los gustos y los estilos cambian; los imperios surgen y caen; la filosofía humanista y la ciencia intentan desplazar a la religión; y el capitalismo, la globalización y la modernidad se infiltran cada vez

más en las vidas cotidianas de las personas. Por otro lado, contrarrestando estos cambios, a corto y mediano plazo existen, entre otras, las fuerzas agenciales de la resistencia, persistencia, supervivencia y residencia que perpetúan las continuidades socioculturales y amortiguan los cambios (Silliman, 2009, 2014; Vitelli, 2011; Panich, 2013).

Habiendo explicado mi uso de “cosa” y definido el concepto de “entrelazamiento” y sus escalas, ahora podemos finalmente definir el concepto de “itinerarios de cosas”. El estudio de las biografías de los objetos y sus vidas sociales originó con los antropólogos Igor Kopytoff (1986) y Arjun Appadurai (1986) cuyas ideas estimularon numerosos estudios posteriores (e.g., MacKenzie, 1991; Thomas, 1991; Keane, 1997; Hoskins, 1998). A finales de los años 90, este enfoque también fue adoptado entusiastamente por los arqueólogos (e.g., Renfrew, 1986; Tilley, 1996, 1999; Thomas 1996, 1999; Gosden y Marshall, 1999; Fontijn, 2002; Meskell, 2004; Joy, 2009). El enfoque biográfico sobre los objetos postula que estos no sólo meramente poseen historias de uso, sino también historias de vida, ya que “nacen”, se transfieren entre personas y cambian a lo largo de su existencia. Al hacerlo, acumulan historias y biografías al igual que los seres humanos, y terminan entrelazados el uno con el otro (Tringham, 1995:98; Gosden y Marshall, 1999:169–170, 174).

Recientemente, se ha propuesto que el término “itinerario” es más neutro que “biografía” que dota a los objetos no animados de una conciencia y voluntad únicamente humanas (Fontijn, 2013:192; Joyce 2012a:124, 2012b; Hahn y Weiss, 2013; Joyce y Gillespie, 2015:11–12). Yo adopto el uso de “itinerario”, pero considero que el uso del término “objeto” por Joyce y Gillespie (2015) en sus “itinerarios de objetos” sigue siendo inadecuado y limitante dentro de la arqueología. Como ya he comentado, “objeto” es un término problemático con un notable bagaje filosófico y por esta razón, sustituyo el término “itinerario de objetos” por el de “itinerarios de cosas”. Los objetos no pueden itinerar, porque son estáticos; las cosas, sin embargo, sí pueden ya que extienden líneas. Es por estas líneas de itineración que las cosas pueden entrelazarse en relaciones con otras cosas y con las líneas de vida de los humanos. Por tanto, si al pasar el tiempo las cosas

acumulan historias y nos vemos envueltos en sus vidas y temporalidades, los entrelazamientos entre personas y cosas del pasado pueden redescubrirse trazando las trayectorias de sus líneas, o, en otras palabras, trazando los itinerarios de las cosas.

Además, las cosas ofrecen otra categoría que no se limita a la de objeto. En mi investigación también abarco los itinerarios de cosas como sustancias: el aguardiente que contenía una “kaneka” vacía de gres recuperada en las excavaciones, el guiso de tasajo que borboteaba en una olla de loza común o un saco de sisal lleno de sal marina, todas estas siendo cosas que ya han desaparecido por completo, pero cuyas pruebas en muchos casos aún pueden encontrarse a través del registro documental, o inclusive a través de la arqueometría. Es por esto por lo que el concepto de “itinerarios de cosas” puede ser tan útil porque nos permite definir y trazar mejor los movimientos tanto de recipientes como de sus contenidos a través del tiempo y el espacio.

Los itinerarios de la sal de La Tortuga y sus entrelazamientos

Ahora que tenemos definidos los conceptos de “entrelazamiento” e “itinerarios de cosas”, veamos cómo estos me han ayudado a organizar mejor el ámbito espacial multi-escala de los datos de las islas de Venezuela. Por cuestiones de brevedad aquí me enfocaré solamente en el caso de estudio de la isla de La Tortuga, aunque los casos de estudio de dos sitios del siglo XVIII y XIX en la salina de Cayo Sal en el Archipiélago de Los Roques pueden verse en otra publicación (Antczak, 2019). En lo que sigue, el análisis de fuentes documentales primarias y secundarias permite reconstruir los sorprendentes y olvidados itinerarios de la sal marina que transportaban los marineros extranjeros que llegaban a La Tortuga durante los siglos XVII y XVIII.

La Tortuga – que no debe confundirse con la isla haitiana de Tortuga – es la isla más grande de las Dependencias Federales de Venezuela. Se encuentra a unos 100 km al noroeste de Puerto La Cruz e incluye los tres cayos de Tortuguillo del Este, Tortuguillo del Oeste y Cayo Herradura, situados en su extremo noroeste (Figs. 1 y 3). La Tortuga es una isla semiárida y deshabitada, con la excepción de unas rancherías de pescadores y posadas turísticas en

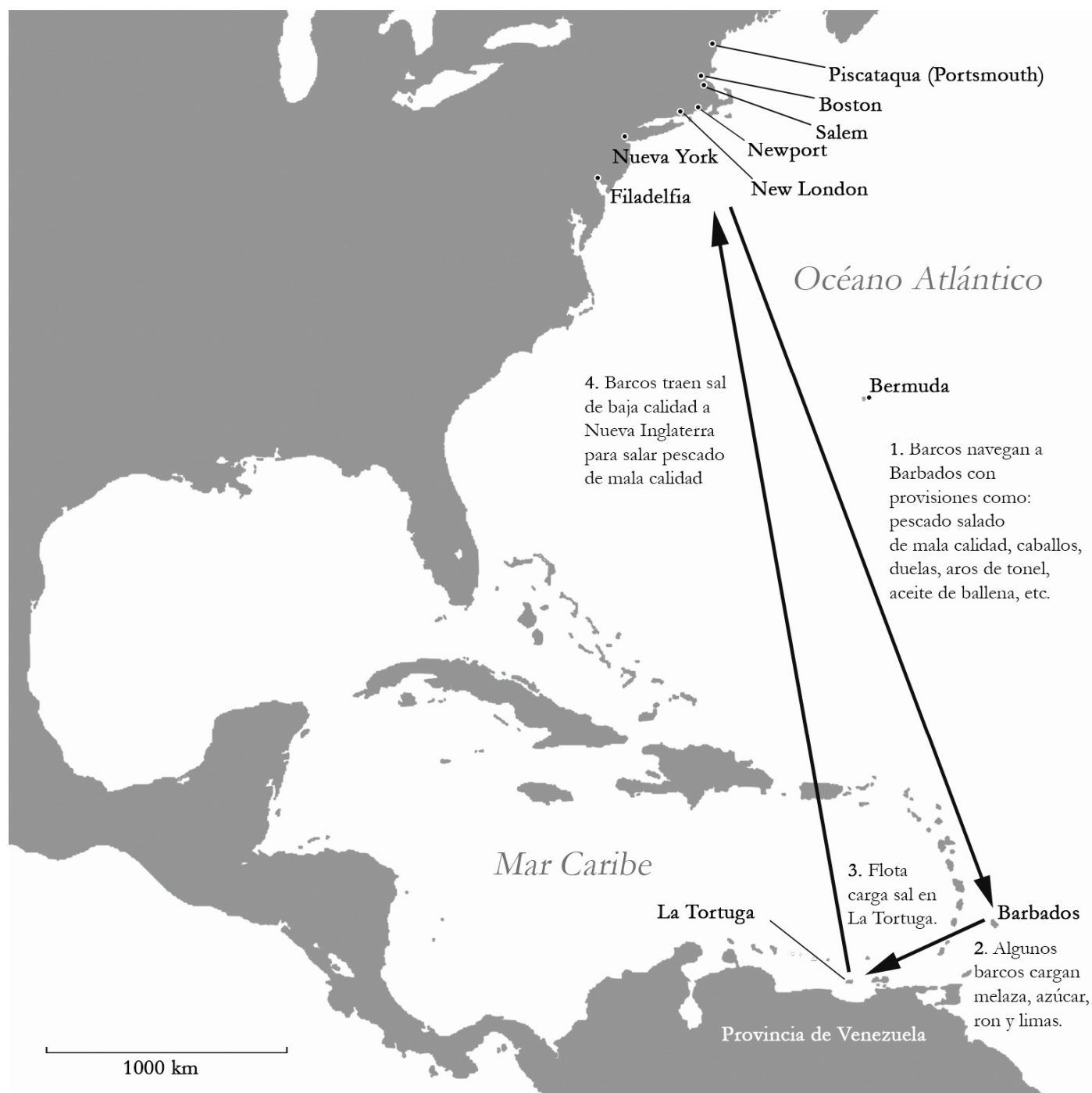


Figura 4. Mapa de las regiones del Caribe y de América del Norte en el que destaca el pequeño comercio triangular creado por las flotas de Saltertuda.

Punta del Este o Punta Delgada en el noreste de la isla y en la bahía de Carenero en la banda sur. Tiene unos 24 km de largo por 10 km de ancho, y está cubierta por una vegetación xerófila, con extensos bosques de manglar en su costa sur y una gran salina

en su extremo sureste, en Punta Salinas (Fig. 3). La explotación de esta salina comenzó en 1624, con las incursiones de los *zoutvaerders* [salineros] neerlandeses, desesperados por obtener este mineral tan codiciado para conservar sus valiosas capturas de

arenque báltico, rubro fundamental para el “comercio madre” neerlandés del siglo XVII.

*Los *zoutvaerders* neerlandeses, 1624–1638*

El arenque salado era un rubro muy lucrativo que se intercambiaba por trigo de Prusia, Polonia y Europa oriental, por vino y sal de la Península Ibérica y el Mediterráneo y por madera de Escandinavia. Poco después de que estallaran las hostilidades hispano-neerlandesas con la Revuelta de los Países Bajos de finales del siglo XVI, el acceso al tradicional suministro de sal ibérica del cual habían gozado los Países Bajos se vio interrumpido, obligando así a los neerlandeses a buscar sal al otro lado del Atlántico en las tórridas latitudes caribeñas. Los *zoutvaerders* de las ciudades norteñas de Hoorn, Enkhuizen y Medemblik primero atracaron en la gran salina de Araya (Península de Araya) en 1599 y entre 1600 y 1605, un total de 565 barcos y 51 urcas (*fluitschepen*, barcos de carga neerlandeses característicamente anchos) navegaron a Araya y Cumaná (Sluiter, 1948:177–178; Castillo Hidalgo, 2005:491, tabla III; Rey González, 2020). En 1606 fueron repelidos por la Armada de Barlovento y tras más de una década de ausencia regresaron en 1621, sólo para verse nuevamente desavenidos, esta vez por la imponente Fortaleza de Santiago de Arroyo de Araya construida a finales de 1622 (Varela Marcos, 1980:202–210; Vázquez de Espinosa, 1987:74). Finalmente, a principios de 1623, tras ser repelidos por las defensas del castillo, los *zoutvaerders* buscaron nuevas salinas, poniendo en la mira a la despoblada isla de La Tortuga (Felice Cardot, 1982:115–117).

Los neerlandeses empezaron a pasar esporádicamente por la salina de La Tortuga para cargar sal en 1624 y 1625 (Meerhout, 1625; Acuña, 1934:203). Aunque en su visita a la salina en 1626 el ingeniero militar español Juan Bautista Antonelli (el mozo) vaticinó que la salina no podría suplir a más de tres o cuatro barcos al año, gravemente desestimo la pericia neerlandesa en convertir la salina en una empresa sumamente productiva (Antonelli, 1934:136–140). Para 1630, las visitas de los *zoutvaerders* ya eran regulares, año en el cual el naufrago español Seledón de Suasola contó más de 1000 montones de sal, de los cuáles 10940 carretadas—unas 553 toneladas—fueron destinadas a una sola urca (de Suasola,

1934:127–128). Tras un intento fallido de encontrar a los neerlandeses en la salina en 1630, en 1631 el Capitán Benito Arias Montano armó otra expedición y capturó dos urcas cargadas de sal y dismanteló las instalaciones erigidas por los neerlandeses en tierra (Arias Montano, 1934a:131). El siguiente año de 1632, uno de los soldados de Montano enviado a hacer un reconocimiento de la salina informó que los habilidosos neerlandeses habían invertido aún más en la infraestructura de la salina, dotándola de múltiples bombas para surtir la salina de agua marina para el cultivo de la sal y caminos de tablazón para las carretillas, más un muelle reforzado, con troneras para echar la sal de las carretillas en las chalupas y armado con piezas de artillería (de Amaya, 1934:135; Hernández de la Rosa, 1933:136).

En julio y septiembre de 1633, los españoles junto con sus aliados indígenas cumanaotos asaltaron nuevamente a los neerlandeses, dejando numerosos muertos y ahuyentando las urcas (de Eulate, 1932; Antonelli, 1934:136–137). Durante la segunda campaña Antonelli dirigió una extensa obra de cegar la salina, abriendo dos zanjas al mar que la inundaron e inutilizaron, creando así la laguna de Los Mogotes de hoy en día (Antczak, 2018:61–62). En noviembre, Montano, recién nombrado gobernador de la Provincia de Nueva Andalucía, nuevamente tomó por asalto la salina dejando varios muertos (Arias Montano, 1934b:146–147). No fue hasta 1638 que los neerlandeses volvieron a La Tortuga. Esta vez habían construido un terraplén y encima de él un fortín de madera con 8 cañones y 40 soldados defendiéndolo (Arias Montano, 1934c:141; Antczak et al., 2015). Aprovechándose de las obras de Antonelli, los neerlandeses más bien usaron la laguna de Los Mogotes como un reservorio de agua hipersalina, construyendo un “caño por donde seaban” la salina para así seguir cultivando la sal (Archivo General de Indias, 1638). Pero todo esto duró muy poco, ya que Montano embistió a los neerlandeses con 150 soldados y 150 indios flecheros en una refriega que dice haber durado 4 horas, finalmente ajusticiando a toda la guarnición del fortín y nuevamente segando la salina, esta vez probablemente ahondando el caño hecho por los neerlandeses (Archivo Histórico Nacional, 1639). Tras el violento y decisivo enfrentamiento de 1638, los osados navegantes neerlandeses no tardaron en

Re-ensamblando conjuntos de práctica

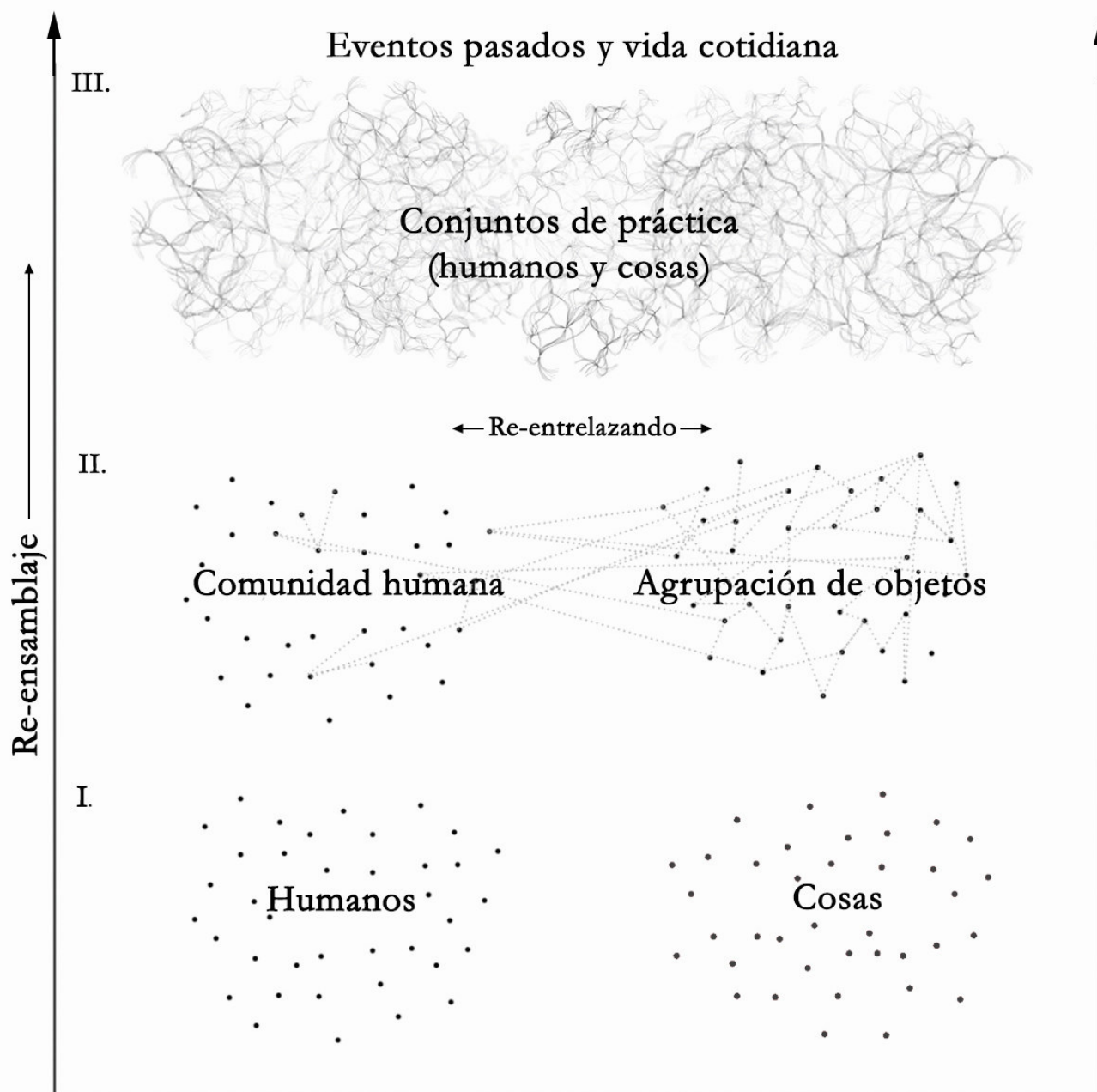


Figura 5. Diagrama que ilustra el proceso de reensamblaje de "conjuntos de práctica". (I) En el primer paso, se observa y analiza los objetos de estudio (ya sean tientos cerámicos o un muro de piedra); por otro lado, están los seres humanos del pasado, a menudo desconocidos, que interactuaban con lo que por ahora percibimos sólo como objetos estáticos, pero que en realidad eran (y siguen siendo) cosas dinámicas y vibrantes. (II) A continuación, en un paso interpretativo intermedio, los objetos de estudio se organizan en agrupaciones de objetos relacionados según sus funciones en actividades específicas del pasado. Estas agrupaciones se vuelven a reentrelazar con las comunidades humanas del pasado, que pueden reconstruirse mediante pruebas históricas textuales, visuales, etnográficas u orales. (III) El resultado de este proceso de reentrelazamiento son unos conjuntos de práctica reensamblados y vibrantes en los cuales los seres humanos y las cosas correspondían durante eventos y en la vida cotidiana en el pasado.

encontrar otras fuentes de sal en la recién conquistada isla de Bonaire y en Sint Maarten en 1648.

Como podemos ver, la intrépida e insistente empresa salinera neerlandesa en La Tortuga fue fugaz pero productiva. Durante las cortas pero intensas campañas salineras de los 1620s y 30s los itinerarios de la sal de La Tortuga – por primera y única vez en la historia de la isla – transitaron hacia el noreste, atravesando el Atlántico hasta los Países Bajos. Sin embargo, la empresa resultó ser muy sangrienta. En tan sólo una década se produjeron al menos cinco enfrentamientos armados sólo en esta isla, resultando en la pérdida de decenas de vidas humanas e importantes daños a las inversiones infraestructurales neerlandesas en la salina. Claramente, para los neerlandeses el desenredarse de la sal de La Tortuga no era tarea fácil. En La Tortuga, los neerlandeses se vieron entrelazados en una dependencia fructífera, pero a la vez coercitiva y violenta con la sal marina que alimentaba su economía capitalista y mantenía gran parte de su floreciente Edad de Oro. En su última estrofa, una excepcional canción escrita por uno de los neerlandeses presentes ese sangriento 8 de mayo de 1638 atestigua de la crudeza de la emoción humana vivida allí:

*Así que no navegaré más en búsqueda de la sal,
por la que se paga más que por el oro,
y que es difícil de adquirir;
sí, verdaderamente, al final hay que pagar por ella
con tu carne y tu sangre.*

(Rhijnenburgh, 1661:5–12
[traducción del autor]).

La lírica de este lamento nos imprime patentemente el trauma provocado por los entrelazamientos neerlandeses con la sal de La Tortuga, una sal marina gruesa y brillante, teñida de rojo con sangre humana.

Las flotas angloamericanas, 1638–1781

Al partir la última urca neerlandesa de La Tortuga en 1638, empezó otro mucho más importante y casi totalmente desconocido capítulo para la sal de la isla. Fue ese mismo año que el barco *Desire* regresó a su puerto de origen en Salem, colonia de Massachusetts, cargado con sal de La Tortuga (Newton, 1914:260).

De ahí en adelante, los comerciantes de las colonias británicas de Nueva Inglaterra, así como de las Bermudas y de algunas islas británicas de las Antillas Menores, enfilaron sus buques hacia La Tortuga porque su sal era abundante y gratuita y estaba convenientemente situada en la travesía de retorno a Norteamérica desde la principal isla productora de azúcar británica de Barbados. Para 1682 el pirata naturalista William Dampier visitó la salina de La Tortuga y aseguró que era “muy frecuentada” por barcos que venían a cargar sal (Dampier, 1699:56). En esa época, las visitas angloamericanas se hacían bajo una legalidad dudosa ya que interpretaban literalmente el artículo VIII del Tratado de Madrid de 1670, en el que la deshabitada isla española, sin posesión física, no entraba dentro de los puertos españoles habitados a los que los británicos tenían prohibido navegar y comerciar (Hertslet, 1878:45; Antczak, 2022:66–68).

La creciente piratería en el Caribe a finales del siglo XVII y principios del XVIII, y el incremento en el patrullaje del mar de Venezuela por corsarios españoles combatiendo el contrabando, resultaron en numerosos apresamientos y ataques a los barcos salineros y llevaron a los angloamericanos a formar flotas escoltadas por buques armados (ver Antczak, 2023: tabla 6). Eventualmente, en 1700 nace la institución del *Saltertuda Fleet* [Flota de Saltertuda], que estaría resguardada cada año por un navío de guerra británico y llegaría a navegar a La Tortuga por lo menos 25 veces durante el siglo XVIII (Bellomont, 1910:196; Antczak, 2023: fig. 5). En 1713 el gobernador de la bahía de Massachusetts envió una urgente petición a la reina Ana de Gran Bretaña en la cual solicitaba una negociación de “intercambio libre e ininterrumpido de comercio” con La Tortuga (Petición del Gobernador, 1926). Finalmente, en 1715, dos años después del final de la Guerra de la Sucesión Española, —un artículo entero— el Artículo III del Tratado de Comercio firmado en Madrid, concedía explícitamente a los súbditos británicos el acceso libre e ininterrumpido a la sal de La Tortuga (Hertslet, 1878:82). El siguiente año, probablemente impulsados por el favorable decreto, una enorme flota de 60 embarcaciones llegó a la salina de La Tortuga, con cada barco cargando un estimado de 46 toneladas de sal marina (Antczak, 2023: tabla 2).



Figura 6. Mapa del sitio arqueológico de Punta Salinas (TR/S) en La Tortuga, resaltando las áreas de actividad de los campamentos del período angloamericano y los pozos de prueba y trincheras excavadas dentro de estos.

Mi análisis de las Listas de Embarque de la Oficina Naval (*Naval Office Shipping Lists*, NOSL) del siglo XVIII para Massachusetts (incluyendo los puertos de Boston, Salem y Marblehead), Nuevo Hampshire (Piscataqua), Nueva York y Barbados, así como de decenas de periódicos angloamericanos, revela que entre 1700 y 1775 al menos 958 barcos entraron a estos puertos cargados con la sal de La Tortuga. De hecho, la importancia y el renombre de La Tortuga en Nueva Inglaterra era tal que no sólo se anunciaba la "sal de Saltertuda" frecuentemente en los periódicos, sino que he registrado 133 exónimos ingleses en fuentes documentales angloamericanas, entre los que se encuentran Salt Tatuga, Salt-Terrudos, Saltituda, Saltatuga, Saltutudoes, Tortoogoes, Tartudy y Tuda (Antczak, 2023: tabla 4). La mayoría de estos curiosos exónimos derivan de "Salt Tortuga", el topónimo inglés y español combinado de la isla y es el mayor número de exónimos probablemente dado a cualquier isla caribeña. De hecho, la deshabitada isla española estaba tan arraigada en el imaginario colectivo angloamericano que el capitán Giles Seaward de Piscataqua, que navegó a La Tortuga siete veces, bautizó su bergantín "Tortuga" y el capitán Josiah Burnham de Nuevo Londres llamó a su balandra "Saltatuda".

Pero ¿por qué era tan atractiva la sal de La Tortuga para los angloamericanos? De hecho, esta sal marina era de inferior calidad, a diferencia de la que se cultivaba en la propia isla durante la empresa neerlandesa de los 1630s y en otras islas del Caribe como Sint Maarten o Anguilla, donde la infraestructura salinera – los diques, las bombas y los estanques – junto con el trabajo de los salineros durante todo el año, garantizaban que el cloruro de sodio fuera de alta calidad. La sal de La Tortuga se cristalizaba de forma natural, asistida solamente por los millares de microorganismos viviendo en la salmuera, el inclemente sol tropical y los cálidos y constantes vientos alisios (Antczak, 2018). Sin intervenir en el proceso, cada año, entre enero y mayo, las flotas angloamericanas llegaban y recogían la sal naturalmente cristalizada, necesitando únicamente la mano de obra de sus pequeñas tripulaciones para rastrillar, embolsar y embarcar el mineral, sin tener que incurrir en otros gastos. Las flotas de Saltertuda zarpaban y llegaban a Nueva

Inglaterra a finales de abril y principios de mayo, justo a tiempo para suministrar la sal necesaria para la enorme pesca primaveral del Gran Banco de Terranova (McFarland, 1911:97; Pares, 1963:631). Estas pesquerías eran nada menos que el pilar económico de las colonias británicas de América del Norte, pero a diferencia del bacalao de calidad que se salaba con sal fina y se exportaba a Iberia y Gran Bretaña, la sal gruesa y fogosa de La Tortuga se utilizaba para salar el bacalao y la caballa mal preparados y sin mayor valor para ser vendidos al mayor a las plantaciones azucareras inglesas y francesas de las Antillas Menores. Allí, este "pescado de desecho" salado era la principal fuente proteínica para la mano de obra esclavizada.

Mi investigación revela que La Tortuga era la isla de sal caribeña más importante para Nueva Inglaterra. Esta despoblada isla española se convirtió en un engranaje esencial del sistema capitalista mercantil del Imperio Británico, mucho más importante de lo que había sido para los neerlandeses del siglo XVII. Tanto así, que las travesías anuales de las flotas de Saltertuda de Nueva Inglaterra con "pescado de desecho" y provisiones a las Antillas Menores, su posterior escala de varias semanas para rastrillar sal en La Tortuga y el retorno a sus puertos de origen cargados con este cloruro de sodio gratuito, trazaron un inconfundible patrón comercial triangular dentro del más amplio y reconocido comercio triangular atlántico (Fig. 4). Así los angloamericanos se entrelazaron con la sal marina de La Tortuga en nudos de estrecha dependencia, exigiendo en numerosas ocasiones que los españoles reconocieran su derecho a explotar la salina y negociando importantes artículos en tratados comerciales que les permitían hacerlo. De hecho, en 1779 el recién nombrado embajador a España, John Jay, fue encargado por el Congreso Continental para primeramente negociar que los ciudadanos de los incipientes Estados Unidos y el ejército revolucionario tengan acceso libre a la sal de La Tortuga, algo que finalmente nunca se logró concretar (Library of Congress, 1909:1179). No mucho después, en 1781, el capítulo angloamericano llegó a un abrupto final cuando el corsario vasco Vicente Antonio de Icuza echó de la isla a los últimos marineros angloparlantes, probablemente confundiéndolos por británicos, dejando así las

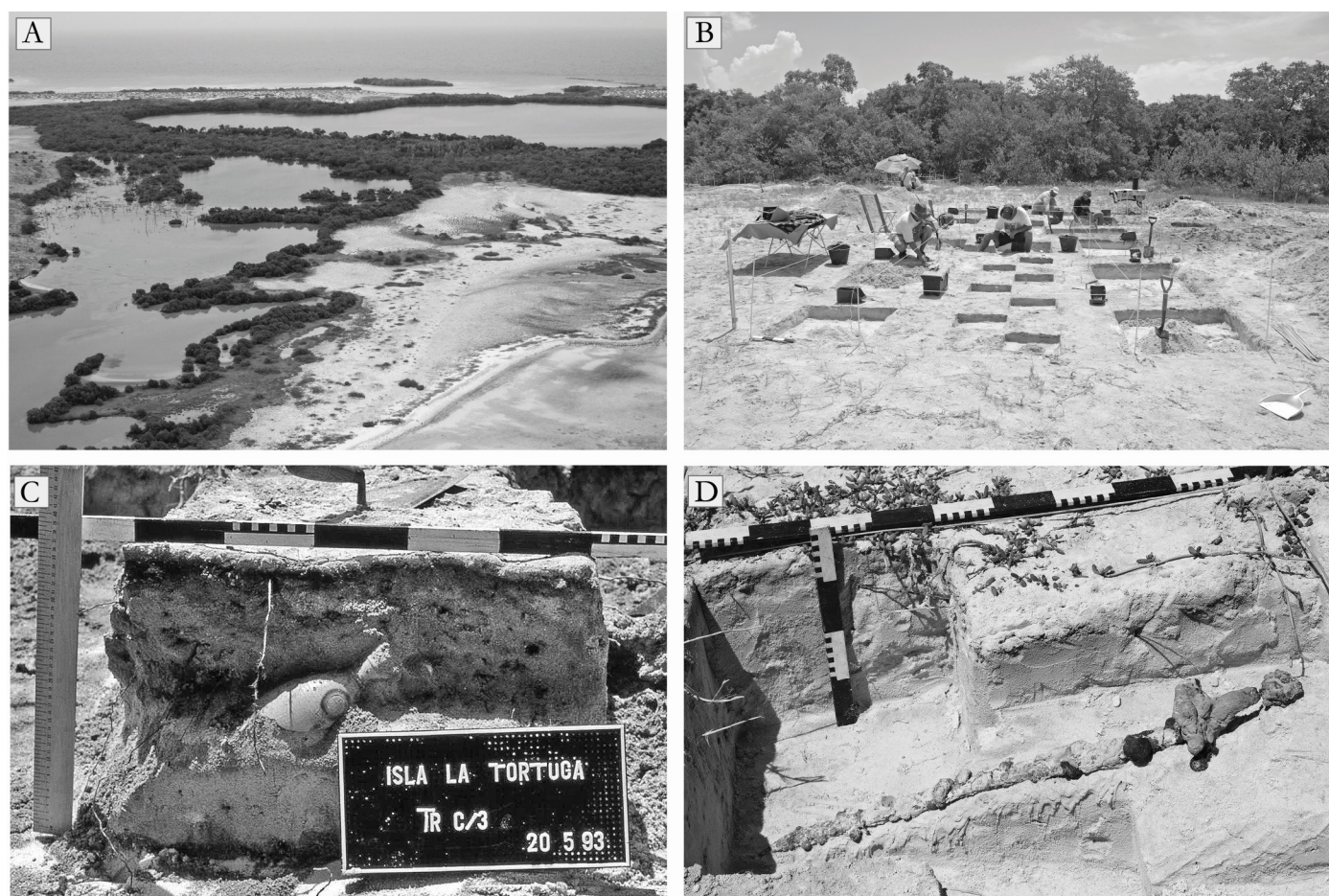


Figura 7. Vista aérea de la salina inundada de Punta Salinas (A). Excavación de la trinchera en el área de actividad de La Franja en agosto de 2010 (B). Botella de agua mineral de gres de Westwälder, Alemania (c. 1750–1780) *in situ* tras ser excavada en Punta Salinas en mayo de 1993 (C). Sable o alfanje naval de abordaje *in situ* tras ser excavado en Punta Salinas en julio de 2009 (D). Foto de J. Voglar (A), A. Antczak (B, C), K. Antczak (D).

salinas en el abandono hasta el día de hoy (de Amezcua Aresti, 1966:94).

Es así como, a viento y vela, la sal de La Tortuga itineró en las bodegas de goletas y bergantines hacia el noroeste, dejando los trópicos y llegando a Nueva Inglaterra para curar la frágil y maltratada carne del “pescado de desecho”. Luego, preservando esta frágil carne, volvía a itinerar hacia las cálidas aguas de las Antillas Menores para ser consumida por los esclavizados en platos que son todavía para los habitantes de hoy en día un legado culinario heredado de esos crueles tiempos. Por lo tanto, aparentemente sin que lo supieran las autoridades coloniales venezolanas de la época —y totalmente desconocido para la historiografía venezolana moderna— durante más de un siglo y medio, la sal de la modesta y desértica isla española de La Tortuga

alimentó el músculo de los imperios británico y francés.

CONJUNTOS DE PRÁCTICA: LA VIDA COTIDIANA EN LOS CAMPAMENTOS INSULARES

Habiendo trazado los inesperados itinerarios de la sal y las movi­lidades de los marineros que la transportaban lejos del Caribe venezolano, ahora quiero regresar a las salinas y ahondar en lo que transcurría en los campamentos en estas islas. Es en estos parajes agrestes donde los itinerarios de las cosas que traían consigo los marineros se entrelazaban estacionalmente con ellos en las prácticas cotidianas del día a día. Para ello,

nuevamente tendremos que definir algunos conceptos claves, que se engazarán con los ya mencionados conceptos de “cosa”, “entrelazamiento” e “itinerarios de cosas”. Para explicar mi marco conceptual de “conjuntos de práctica”, comenzaremos definiendo “conjunto” o *assemblage* en inglés.

Los conjuntos de práctica

Ya he adelantado en la sección anterior que los conjuntos de práctica son mallas de entrelazamientos entre humanos y cosas que se forman en la escala de tiempo mediana, es decir, en series de eventos o durante la vida cotidiana. El concepto de *assemblage* me es muy útil aquí porque ayuda a visualizar mejor estos entrelazamientos, vinculando las actividades cotidianas del pasado con en el registro arqueológico. El concepto de *assemblage* o “ensamblaje” debe su desarrollo a los filósofos franceses Gilles Deleuze y Félix Guattari (2004), y más recientemente, a Manuel DeLanda (2006) y Jane Bennett (2010) quienes se han basado en sus ideas para proponer la “teoría del ensamblaje” (*assemblage theory*). A su vez, la teoría del ensamblaje ha sido adoptada por varios arqueólogos, entre ellos Chris Fowler (2017), Ben Jervis (2018), Gavin Lucas (2017) y Johan Normark (2010), cada uno con sus propias definiciones y particularidades teóricas y metodológicas.

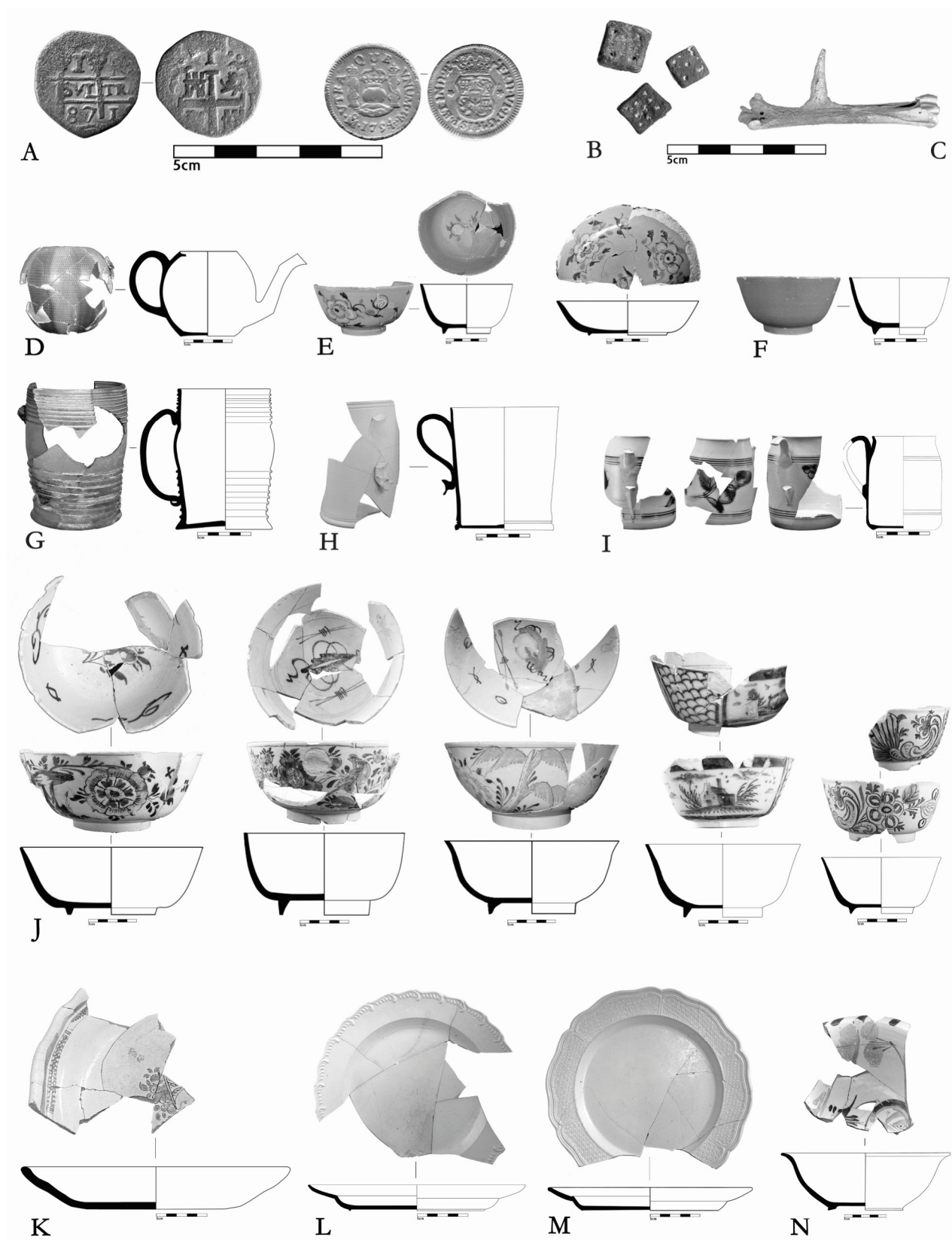
Es aquí donde busco otra definición más práctica y aplicable del concepto. En el español prefiero usar el término “conjunto”, y no la traducción más literal del *assemblage* inglés que es “ensamblaje”. “Conjunto” capta con más precisión el sentido original de *assemblage* en el término *agencement* francés de Deleuze y Guattari (Ingold, 2017:13, 17), donde no es meramente una agrupación de entidades heterogéneas fijadas artificialmente, sino más bien un encuentro dinámico de cosas correspondientes entrelazadas. La *correspondencia* es un concepto propuesto por Ingold que capta la naturaleza de los nudos de entrelazamiento que componen las mallas

de estos conjuntos. Estos conjuntos no se adoquinan a partir de entidades individuales como si se tratara de un “bricolaje cósmico”, si no, por el contrario, se componen de mallas de líneas en las que la mayoría de las relaciones entre las cosas y los humanos se basan en la correspondencia, es decir que tienen una naturaleza simpatética como la preposición “con”, y no aditiva como la conjunción “y” (Ingold, 2014:232, 2015). Es por esto por lo que, el “con” en “conjunto” expresa idealmente esta naturaleza simpatética de las relaciones correspondientes del conjunto de práctica.

Ahora bien, falta explicar la parte de la “práctica” del marco conceptual de “conjuntos de práctica”. La teoría de la práctica, desarrollada a través de los trabajos de los sociólogos y antropólogos Pierre Bourdieu (1977), Sherry Ortner (1984) y Marshall Sahlins (1985), así como también a través de la teoría de la estructuración de Anthony Giddens (1979), asumió el reto de puentear la oposición entre estructura y agencia mediante la idea central de la *práctica* que plantea que las personas “recrean, encarnan y re-presentan las tradiciones (estructuras) de maneras que continuamente alteran esas tradiciones [estructuras]” (Pauketat, 2001:74, 79; Ortner, 2006). Numerosos estudios arqueológicos basados en la teoría de la práctica han sido utilizados eficazmente para comprender el pasado por, entre otros, Timothy Pauketat (2001), Rosemary Joyce (2008), Joyce y Lopiparo (2005) y Stephen Silliman (2001, 2009). Estos enfoques arqueológicos también se ocupan de los acontecimientos y de la vida cotidiana, ya que estos se manifiestan en patrones materiales de práctica (Gilmore y O'Donoghue, 2015:15).

Es aquí donde el pensamiento de la arqueóloga histórica Mary Beaudry fue mi principal inspiración en el desarrollo del marco conceptual de conjuntos de práctica. Ya para 2013, Beaudry, quien como una visionaria en la arqueología histórica se ocupó de meticulosamente reconstruir las prácticas alimenticias como “eventos totales”, advertía que:

Figura 8. Artefactos excavados en Punta Salinas: (A) macuquina de plata española de 1 real de 1687 y un columnario de medio real de 1754; (B) tres dados de plomo; (C) tarsometatarso posiblemente de un gallo de pelea; (D) tetera de *melonware* tipo *Whieldon*, Staffordshire, c. 1747–1780; (E) juego de platillo y bol de té de *delft* inglés, posiblemente Bristol, c. 1730–1750; (F) bol de té de *delft* inglés, probablemente Bristol, c. 1730–1750; (G) taza de vidrio probablemente de Bohemia, siglo XVIII; (H) taza inglesa de gres *white salt-glazed*, c. 1740–1776; (I) tazas de gres *white salt-glazed* con diseño *debased “scratch blue”*, Staffordshire, c. 1765–1790; (J) cinco pequeñas poncheras o *sneakers* ingleses de *delft*, c. 1720–1760; (K) plato francés de *faïence brune*, Ruan azul sobre blanco, siglo XVIII;



(L) plato inglés de *creamware* con diseño *feather-edged*, c. 1762–1776; (M) plato inglés de gres blanco esmaltado con sal, c. 1740–1776; (N) cuencos probablemente de *Delftware* neerlandés con bordes rayados (*kabelrand*), probablemente de la primera mitad del siglo XVIII. Dibujos de A. Antczak, K. Antczak y J.M. Pérez Gómez.

Tenemos que ver una colección arqueológica no sólo en términos de lo que encaja literalmente y puede ser reconstruido e incluido en un conteo de recipientes, sino también para descubrir lo que encaja en términos de prácticas y para tratar de comprender lo que los resultados previstos de las diversas prácticas podrían haber sido. Para ello, no basta con considerar el artefacto individual o el tipo de artefacto utilizado, sino que hay que intentar reconstruir, a falta de una frase mejor, "conjuntos de práctica ..." (Beaudry, 2013:187).

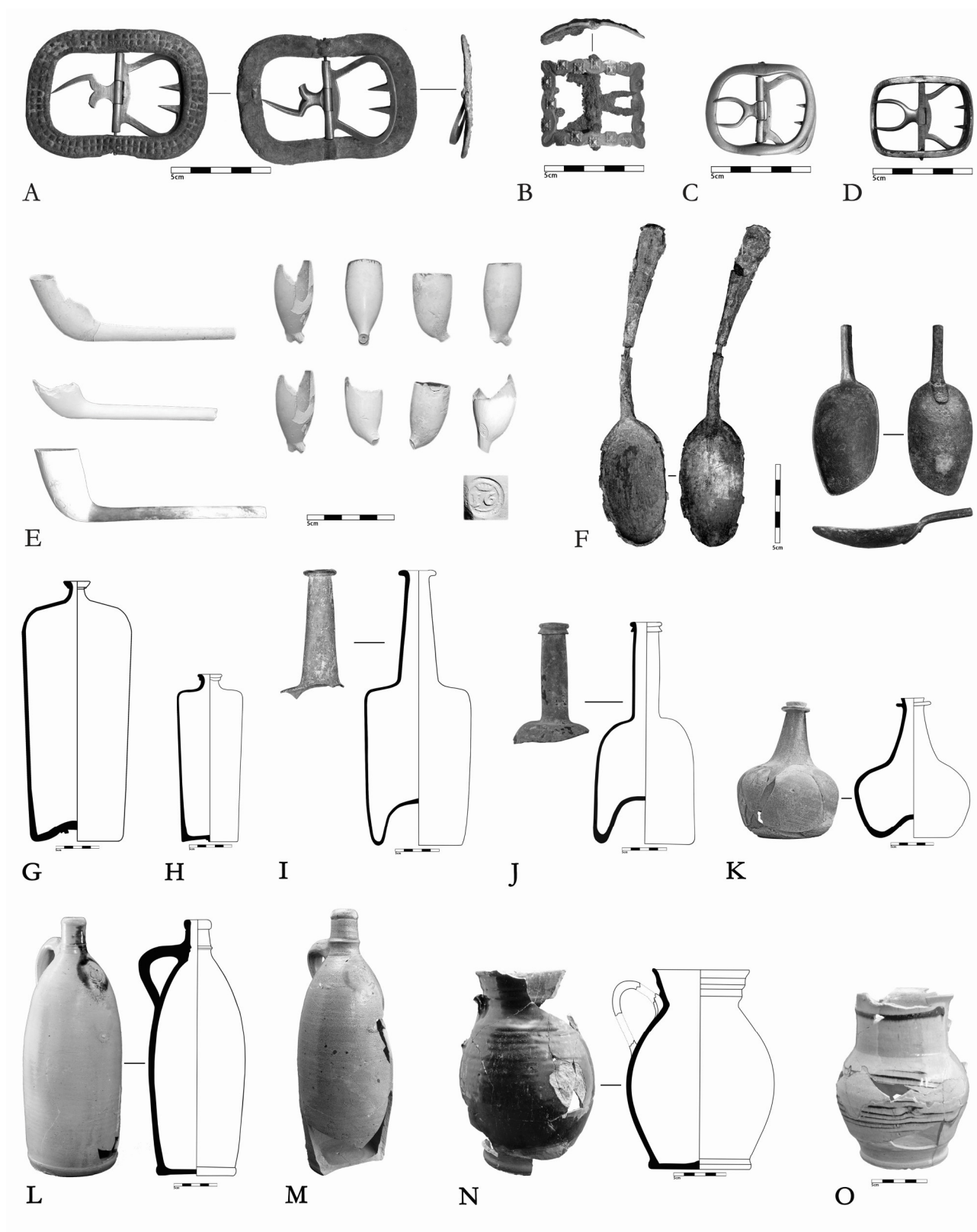
Así, Beaudry y yo hemos definido el concepto de conjuntos de práctica como una malla de entrelazamientos entre humanos y cosas que corresponden de manera más o menos fuerte, desarrollando relaciones de dependencia que posibilitan o constriñen, durante eventos y en la práctica de la vida cotidiana (Antczak y Beaudry, 2019:96). O, dicho de manera más sucinta, el conjunto de práctica es un encuentro dinámico de cosas correspondientes entrelazadas a través de la práctica cotidiana. Los conjuntos de práctica son entonces, por excelencia, escenarios de correspondencia.

Dado que los conjuntos de práctica existen durante eventos y en las actividades situadas de la vida cotidiana, es en esta escala de tiempo del mediano plazo en la que se pueden producir cambios en las estructuras sociales o la resistencia a estos (continuidades), y se puede dilucidar mejor la transformación paulatina o más repentina de estas estructuras sociales. En este sentido, el arqueólogo histórico Stephen Silliman (2012) ha propuesto un enfoque multi-escala del tiempo, expresando la necesidad de una meso-escala que haga de puente y evite que los arqueólogos caigan en las problemáticas dicotomías de lo que él llama el "short purée" [puré corto] y el *longue durée* Braudeliano. Es aquí donde la arqueóloga Cynthia Robin (2013; véase también Overholtzer y Robin, 2015), inspirada por el pensamiento de los filósofos franceses Henri Lefebvre (2004, 2008) y Michel de Certeau (1984; de

Certeau et al., 1998), propone centrarse en la vida cotidiana de las personas, ya que a esta escala temporal el cambio social se produce a medida que las personas "aceptan y cuestionan, consciente o inconscientemente, el significado de las relaciones sociales existentes" (Robin, 2013:6, 44). Siendo mallas, los conjuntos de práctica justamente se sitúan dentro de la meso-escala temporal, donde durante los acontecimientos y a través de las prácticas situadas de la vida cotidiana las personas se entrelazan con las cosas que les posibilitan y les oprimen, y es en este proceso que las personas establecen, desafían y transforman las estructuras sociales o las nutren y refuerzan. Entonces, se trata de un marco conceptual y una herramienta analítica que ayuda a revelar cambios, continuidades y transformaciones en los entrelazamientos entre las personas y las cosas y sus repercusiones no sólo en los desarrollos socioculturales locales y a corto plazo, sino también en fenómenos de escala espaciotemporal mucho mayor como el entramado (Fig. 2). De esta manera, "conjuntos de práctica" no es otra teoría más en una larga y creciente lista de teorías, es un marco conceptual integrativo y productivo de "rango medio" (*middle range*) que tiende puentes entre datos arqueológicos crudos y la, a menudo densa e impenetrable, maraña de teoría social.

Ahora bien, muchos seguramente se estarán preguntando ¿cómo, en términos prácticos, reconstruimos un conjunto de práctica si lo que tenemos son bolsas de excavación llenas de tuestos? Para empezar, comenzamos con estos tuestos que son objetos inertes recuperados a través de nuestras investigaciones arqueológicas, sea en la superficie de un sitio o en un pozo de excavación. Y, sí, en esta primera etapa analítica estos son percibidos por nosotros como objetos, porque al analizarlos en el laboratorio son "objetos de estudio" o "objetos analíticos" desvinculados de sus relaciones pasadas ya que, en realidad, son cosas "extrañas" o "encantadas" "porque alguna vez formaron parte de un mundo que ya no existe del todo, parte de un conjunto que

Figura 9. Otros artefactos excavados en Punta Salinas: (A) hebilla de zapato de peltre y aleación de cobre tipo Artois, siglo XVIII; (B) hebilla de zapato de aleación de cobre, último cuarto del siglo XVIII; (C) hebilla de zapato de aleación de cobre, 1720–1790; (D) hebilla de zapato de aleación de cobre/bronce recubierto de plata, c. 1733–1790; (E) Varias pipas de caolín neerlandesas y probablemente también inglesas, segunda mitad del siglo XVIII; (F) cucharas de peltre, 1700–1750; (G–H) botellas tipo *case bottle* neerlandesas/belgas/inglesas, mediados-finales del siglo XVIII (c. 1750–1780); (I) botella francesa tipo *flacón* de cuello largo con reborde, siglo XVIII; (J) botella belga o neerlandesa tipo *langhal* de cuello largo, siglo XVIII; (K) botella inglesa tipo *onion*, último



cuarto del XVII a primer cuarto del XVIII; (**L–M**) botellas de gres de agua mineral marca Selters, Westerwald, Alemania *c.* 1750–1780; (**N**) jarra de loza tipo *Buckley* vidriada con plomo, norte de Gales, segundo y tercer cuarto del siglo XVIII; (**O**) jarra de *slipware* inglés, probablemente Staffordshire, primera mitad del siglo XVIII. Dibujos de A. Antczak, K. Antczak y J.M. Pérez Gómez.

alguna vez incluyó a seres humanos que ya no están vivos" (Thomas, 2016:161). Seguidamente estos objetos se pueden asociar los unos con los otros en "agrupaciones de objetos" a través de sus asociaciones espaciales contextuales o estratigráficas *in situ* o a través de asociaciones intrasitio con otros objetos. En la práctica, estas agrupaciones de objetos, por ejemplo, pueden ser toda la variada parafernalia asociada con la bebida del ponche en el mundo angloamericano del siglo XVIII o los restos de artefactos y residuos orgánicos de actividades de cocina y consumo de alimentos en una hacienda cacaotera de la costa de Caracas. En esta etapa, estas agrupaciones de objetos todavía están artificial y temporalmente separadas de los individuos vivos del pasado y de las comunidades dinámicas que, a través de sus prácticas, se relacionaban con cosas vibrantes, no con objetos estáticos. Agrupar o asociar objetos es, por tanto, sólo un paso analítico e interpretativo intermedio en camino hacia reconstruir los conjuntos de práctica (Fig. 5).

En este punto tengo que hacer una acotación metodológica fundamental que es la que nos posibilita reconstruir los conjuntos de práctica del pasado. Aunque es una práctica habitual en la arqueología histórica global, considero problemático construir interpretaciones en base a la abundancia de tipos o formas de recipientes en un sitio únicamente a través del conteo de fragmentos, ya que esto puede dar lugar a graves malinterpretaciones. Las comunidades del pasado no interactuaban a diario con miles de tiestos, así como lo hacemos habitualmente los arqueólogos; se relacionaban con vasijas, boles, ollas, tazas y platos enteros y funcionales. Los tiestos diagnósticos de bordes o bases de vasijas o platos en este sentido no sólo han de servirnos para reconstruir e ilustrar las formas de los recipientes que se usaban en el pasado, sino para tratar de entender qué funciones tenían estos recipientes y – más importantemente aún – su abundancia más cercana a la real y su uso en conjunto con otros recipientes o ajuares en las diferentes prácticas de la vida cotidiana. El propósito es que de las bolsas de tiestos anónimos resuciten recipientes individuales. Calcular el Número Mínimo de Recipientes (NMR; *Minimum Number of Vessels*, MNV, en inglés) es un proceso arduo y minucioso, donde, para reconstruir los recipientes individuales,

uno ha de familiarizarse íntimamente con la colección de fragmentos, sean estos de cerámica, de vidrio o metal (Yentsch, 1990; Voss y Allen, 2010). Allí dónde es más difícil encajar y pegar o juntar tiestos de un solo recipiente basado en sus características de superficie y decoración, pasta y/o forma (como lo es el caso, por ejemplo, con el vidrio que se solariza de manera errática y hace difícil asociar dos fragmentos al mismo recipiente), se puede calcular el NMR contabilizando los bordes o las bases distintas, dependiendo de cuáles de estas sean las más abundantes. Esto es una tarea más fácil con las cerámicas más estandarizadas e industrializadas con las cuáles se trabaja en la arqueología colonial y republicana (para ejemplos venezolanos, ver Rodríguez Yilo y Brooks, 2012; Antczak, 2019), y todavía se ha de aplicar en la arqueología prehispánica en Venezuela con lo que considero serían resultados muy prometedores. Así pues, los conjuntos de práctica no pueden construirse sobre la base meramente cuantitativa de los conteos de tiestos, sino más bien sobre los datos cualitativos de los conteos de recipientes individuales.

Ahora, ya teniendo los cálculos de NMR y habiendo definido las agrupaciones de objetos podemos reentrelazarlos con las comunidades del pasado con las cuales formaban conjuntos de práctica de humanos y cosas (Fig. 5). La calidad de la reconstrucción de estos conjuntos de práctica depende de la resolución de los datos a nuestra disposición. Mientras más líneas de evidencia podamos yuxtaponer, mejor, y por ende hemos de procurar utilizar todos los elementos de la "caja de herramientas" arqueológica disponible en cada escenario. Entre estas herramientas se encuentran los datos arqueológicos contextuales y deposicionales; la evidencia histórica textual, visual, etnográfica y oral; y los datos derivados de la arqueología cuantitativa, computacional, experimental, biológica/física, de paisaje y ambiental; así como la arqueometría, los Sistemas de Información Geográfica (SIG) y la ciencia arqueológica, entre otros. Cuanto mayor y más amplio sea el detalle disponible, más vibrantes serán los conjuntos de práctica que se puedan reensamblar. La arqueología histórica, y otras arqueologías con acceso a la evidencia textual y la tradición oral, son especialmente adecuadas para tal empresa (Wilkie, 2009:338; Beaudry, 2017; Beaudry y

Symonds, 2010, XIII–XIV). Por último, hay que subrayar que reensamblar los conjuntos de práctica es, más que un ejercicio neopositivista o con ínfulas de objetividad, siempre es un ejercicio creativo (Marila, 2017) para "contar una historia" (Joyce, 2006:61–64) utilizando la "imaginación arqueológica" (Shanks, 2012) para así crear interpretaciones y presentaciones del pasado convincentes, reveladoras y memorables no solo para los académicos, sino también para múltiples públicos (van der Linde et al., 2018).

Finalmente, es importante resaltar que el marco conceptual de conjuntos de práctica nace en Venezuela, impulsado por la riqueza de los restos materiales coloniales y republicanos descubiertos en las islas del Caribe venezolano. Así, podríamos decir que es un marco conceptual autóctono. Pero –como todo emprendimiento intelectual– también es una amalgama ecléctica de ideas y conceptos de diferente índole y origen, organizados, articulados y enfilados no por su procedencia sino más bien según sus compatibilidades. Considero que, como académicos latinoamericanos, ubicados en lo que Koji Mizoguchi (2015:17–19) designa ha sido históricamente el "bloque consumidor de teoría y metodología" y "productor de datos", debemos incorporar "libremente y sin vergüenza los frutos" del "bloque productor de teoría y metodología" occidental, juiciosamente adaptándolos, modificándolos y transformándolos para que reflejen nuestros saberes locales y nuestras epistemologías del Sur (de Sousa Santos, 2018). Al hacer esto no estaremos solamente "compitiendo" para producir nuestras propias teorías del Sur (que de por sí es necesario), sino más bien estaremos innovadoramente reajustando teorías de muchas partes, aplicándolas a nuestros propios contextos locales, colmados de datos todavía por explorar. De tal modo, "conjuntos de práctica" no originó meramente a posteriori a través de la inducción (que puede pecar de cierta ingenuidad analítica), ni de una imposición deductiva y a priori sobre los datos, sino más bien resulto abductivamente (*sensu* Peirce, 1997:282), de un constante vaivén entre los datos y la teoría. Esto resultó en una adopción y transformación reflexiva y orgánica de los conceptos teóricos que mejor podían organizar los datos y explicar su abundancia y diversidad en su totalidad. En este sentido, puedo

decir, que fue la abundancia de los datos que me empujó a construir un puente entre los datos y la teoría, con la ayuda del cual logré organizarlos y así aprovecharlos al máximo. Ahora veremos un ejemplo aplicado de lo que el marco de conjuntos de práctica puede revelar sobre las relaciones entre personas y cosas en el pasado.

Moda y estrategia social en los campamentos de Punta Salinas, La Tortuga, siglo XVIII

El sitio de Punta Salinas. El sitio arqueológico de Punta Salinas (TR/S) (ver Fig. 3), situado junto a la gran salina en el extremo sureste de La Tortuga, fue descubierto por los arqueólogos Andrzej y Maria Magdalena Antczak en febrero de 1993 durante una prospección de la zona. Poco después, en mayo, se llevó a cabo una expedición de cuatro semanas al sitio que incluyó un amplio sondeo con pozos de pala y extensas excavaciones de trincheras, revelando así los campamentos angloamericanos junto a la salina y determinando sus áreas de actividad (Figs. 6 y 7). Posteriormente, se realizaron tres expediciones de una semana, una en 2009 y dos en 2010 (Figs. 6 y 7). Las excavaciones en Punta Salinas arrojaron una impresionante abundancia y variedad de cosas dejadas por cientos de marineros que visitaron la salina de La Tortuga y que datan principalmente de entre 1700 y 1781. Fortuitamente, el yacimiento quedó sellado con un *terminus ante quem* cuando en 1781 el corsario vasco Vicente Antonio de Icuza expulsó a los últimos salineros angloamericanos de la isla. Esta circunstancia excepcional, junto a la enorme riqueza y diversidad de los hallazgos arqueológicos convierten al yacimiento venezolano en un caso de estudio singular en la arqueología histórica global y en un laboratorio ideal para revelar las poco conocidas vidas de los marineros del siglo XVIII. Al reentrelazar a estos marineros con innumerables platos, poncheras, pipas, hebillas de zapato y espinas de pescado recuperados en los campamentos de Punta Salinas, los conjuntos de práctica nos pintan una imagen colorida y vibrante de la vida cotidiana de estas gentes de mar: sus relaciones con el mundo material, sus hábitos de consumo y sus gustos por la moda.

Tabla 1. Porcentaje de recipientes de cerámica, vidrio y metal hallados en los campamentos angloamericanos de Punta Salinas según su categoría funcional (NMR = Número Mínimo de Recipientes).

Categoría funcional de recipiente	Forma de recipiente	NMR	Porcentaje del NMR total
Recipientes para alimentos			
Almacenamiento de alimentos	Frasco, pote	10	1.27%
	Botella de vidrio de boca ancha	2	0.25%
	<i>Flacon</i> de boca ancha	4	0.51%
	<i>"Case" flacon</i>	25	3.16%
	<i>Flacon</i> cilíndrico de cuello largo	2	0.25%
	Sub-subtotal Almacenamiento de alimentos	43	5.44%
Preparación de alimentos	Olla	3	0.38%
	Caldero	1	0.13%
	Sub-subtotal preparación de alimentos	4	0.51%
Servicio de alimentos	Fuente	9	1.14%
	Platón ovalado	1	0.13%
	Sub-subtotal servicio de alimentos	10	1.27%
Consumo de alimentos	Plato	97	12.28%
	Plato sopero	6	0.76%
	Cuenco	16	2.03%
	Bol	3	0.38%
	Escudilla	1	0.13%
	Sub-subtotal consume de alimentos	123	15.57%
Subtotal recipientes para alimentos		180	22.78%
Recipientes para bebidas			
Almacenamiento de bebidas	Jarro, botella <i>bellarmine</i>	37	4.68%
	Botella de agua de gres	91	11.52%
	Termo/barrilito de loza	1	0.13%
	Botellas de vidrio cilíndricas y <i>onion-shaped</i>	88	11.14%
	<i>Case bottle</i>	53	6.71%
	<i>Flacon</i>	6	0.76%
	<i>Fiole</i>	19	2.41%
	Termo de vidrio	2	0.25%
	Sub-subtotal almacenamiento de bebidas	297	37.59%
Servicio de bebidas	Cántaro	6	0.76%
	Tetera	5	0.63%
	Cafetera/chocolatera	2	0.25%
	<i>Punch pot</i>	1	0.13%
	Sub-subtotal servicio de alimentos	14	1.77%
Consumo de bebidas	Ponchera	142	17.97%
	Bol de té	13	1.65%
	Bol de té/ponchera	17	2.15%
	Platillo	2	0.25%
	Taza	37	4.68%
	Tacita	4	0.51%
	Taza de dos azas	3	0.38%
	Vaso de vidrio	45	5.70%
	Taza de vidrio	8	1.01%
	Copa	2	0.25%
	Sub-subtotal Consumo de bebidas	273	34.56%
Subtotal recipientes para bebidas		584	73.92%

Continua ...

Tabla 1. Continuación.

Otros recipientes			
Almacenamiento de fármacos	Vial	18	2.28%
	Sub-subtotal almacenamiento de fármacos	18	2.28%
Almacenamiento de rapé	<i>Case bottle</i> de boca ancha	5	0.63%
	Sub-subtotal Almacenamiento de rapé	5	0.63%
Utilitario misceláneo	Reloj de arena	2	0.25%
	Botella de vidrio octagonal	1	0.13%
	Sub-subtotal utilitario misceláneo	3	0.38%
Subtotal otros recipientes		26	3.29%
TOTAL		790	100%

Las dos caras de los conjuntos de práctica del ponche. En Punta Salinas (Figs. 3 y 6) se identificó un sorprendente total de 790 recipientes individuales de cerámica, vidrio y metal pertenecientes a una diversa gama de formas y funciones (Figs. 8 y 9, y Tabla 1). La abundante evidencia arqueológica contextual y los restos faunísticos, así como la amplitud y el detalle de los documentos históricos disponibles, como, por ejemplo, las listas de artículos perecederos llevados al sitio permitieron reensamblar detalladamente los conjuntos de práctica de comida y bebida. Este detallado análisis arqueológico histórico, en particular de una de las áreas de actividad del yacimiento que denominé “Las Dunas” (Fig. 6) – que sugiero era el lugar donde la mayoría de los capitanes pasaban su tiempo de ocio y desde donde supervisaban el trabajo de las tripulaciones de sus barcos que trabajaban en la salina – reveló las identidades cosmopolitas de estos capitanes. Mientras sus tripulaciones rastrellaban la sal, los capitanes angloamericanos se relacionaban con sus compañeros, trayendo de sus barcos su propia vajilla de lujo, ingredientes exóticos y parafernalia diversa. El conjunto de práctica de bebida de Punta Salinas, que representa casi el 74% (NMR = 584) de todos los recipientes, es amplio y diverso, y el consumo de ponche era su punto focal (Tabla 1).

Pero ¿qué era el ponche? Aunque no era una bebida muy conocida en la Venezuela colonial, el ponche es la bebida alcohólica fundacional de la coctelería moderna, y durante el siglo XVIII constaba de cinco ingredientes principales: aguardiente, azúcar, especias, jugo de cítricos y agua (Cartay, 1991:285; Wondrich, 2021). Se trata de una bebida global y cosmopolita, con profundas raíces marítimas, que creció enormemente en popularidad a finales del

siglo XVII y que estaba estrechamente asociada a la sociabilidad masculina británica (Harvey, 2012). El descubrimiento de un número mínimo de 142 poncheras de cerámica en Punta Salinas, muchas de las cuales se encontraron en el área de actividad de Las Dunas, indica que beber ponche era una práctica prevalente en La Tortuga (Fig. 8 J). Estas poncheras, sin embargo, no eran los típicos recipientes de varios litros conocidos en las tabernas y fiestas de Nueva Inglaterra, sino cuencos mucho más pequeños de tamaño individual denominados *sneakers* en inglés, teniendo, con un promedio de 15,5 cm de diámetro, apenas la mitad del tamaño de las poncheras estándar (Archer, 1997:283). En lugar de compartir una gran ponchera, como lo hacían en otras tabernas del mundo atlántico, en Punta Salinas los capitanes bebían el embriagador ponche de sus propios recipientes pequeños, subrayando así su individualidad y acceso privilegiado a la moda británica y sus tendencias más recientes.

En Punta Salinas, los capitanes aprovechaban los efectos alcohólicos del ponche como lubricante social. De hecho, La Tortuga les ofrecía una oportunidad inusual de mostrarle a sus compañeros su poder adquisitivo y su buen gusto a través de sus efectos personales, entre los cuales se encontraban las coloridas poncheras inglesas de *delft* o *delftware* o las refinadas poncheras de *creamware*, con sus contenidos exóticos como el ron y azúcar de Barbados, la nuez moscada de las Indias Orientales, el vino de Madeira y el agua Seltzer de Alemania. Tres dados de plomo, posiblemente el tarsometatarso de un gallo de pelea con espolón y 47 macuquinas (Fig. 8A) de plata españolas de diferentes valores sugieren que las actividades típicas de taberna del siglo XVIII, como el azar y las peleas de gallos,

también tuvieron lugar dentro del área de actividad de Las Dunas (Fig. 8B y C) (Antczak, 2015).

Pero en Punta Salinas no sólo se bebía, también se comía, y con garbo. La presencia de diez recipientes elegantes, incluyendo un gran platón ovalado inglés *white salt-glazed* de gres, una fuente de *creamware* y dos de faïence brune francés de Ruan, junto con 97 platos y seis platos soperos, entre otros, sugiere que en el rudimentario campamento las prácticas gastronómicas de cierto refinamiento eran importantes y habituales (Fig. 8K–M). Basado en la evidencia zooarqueológica y documental, lo que los capitanes comían en Punta Salinas probablemente tampoco era la típica y rústica comida marinera de insípidas papillas y gachas. Los capitanes, por ejemplo, comían carrilleras de cerdo, que eran piezas de carne muy apreciadas en el siglo XVIII junto a quiguas (*Cittarium pica*), langostas (*Panulirus argus*) y varias especies de peces de arrecife que recolectaban y pescaban en la bahía de Punta Salinas (Antczak, 2019:218–245). Así pues, la taberna junto a la salina de La Tortuga no sólo permitía la socialización y el jolgorio, sino que también proporcionaba un escenario en el cual los capitanes podían interactuar con sus compañeros y construir sus identidades sociales individuales apoyados de las cosas que llevaban consigo. Juntando la evidencia, podemos imaginarnos que, en Las Dunas, a la sombra de las lonas, sobre las mesas arregladas con manteles y servilletas reposaban vinagreras y frascos de condimentos, elegantes fuentes con suculentas carrilleras de cerdo y pescados de arrecife, y platos de humeantes budines. Los olores que nacían de estas mesas se extendían por la desolada isla y la salina, hacia los marineros rastrillando las duras costras de sal.

Entonces, no es de sorprender, que en La Tortuga los capitanes también circularan un ponche de ron menos sofisticado entre sus tripulaciones como incentivo laboral para ayudar a disminuir la evidente distinción laboral jerárquica que se acrecentaba entre ellos, que dirigían el trabajo bajo los toldos, y sus marineros quienes trabajaban la sal. Dampier (1699:56) menciona que los barcos salineros "están siempre bien abastecidos de ron, azúcar y zumo de lima para hacer ponche, para animar a sus hombres cuando están trabajando, sacando y subiendo a bordo la sal", lo que sugiere que el

alcohol era distribuido paternalistamente por los capitanes a los marineros en forma de ponche. Además, sugiero que este ponche funcionaba como un desahogo importante que aseguraba que las tripulaciones no se amotinaron y cumplieran con su trabajo. También ocultaba la verdadera naturaleza de las relaciones de poder que operaban en la isla ya que estas eran notablemente diferentes del comunalismo generalizado que prevalecía a bordo de los pequeños barcos de Nueva Inglaterra (Jarvis, 2002:605; Vickers, 2007:225).

En resumen, los conjuntos de práctica de consumo de ponche tenían una doble cara: por un lado, les permitían a los capitanes socializar, lucirse y crear nuevos nexos, y, por otro, mantenían apaciguadas a sus tripulaciones cosechando la sal, ofuscando la realidad de la jerarquía que temporalmente se establecía en Punta Salinas. Además, mi análisis de estos conjuntos indica que, tanto si los capitanes como los marineros bebían de ellas, las poncheras y el ponche que contenían se convirtieron en una poderosa metáfora de los extensos tentáculos del creciente capitalismo británico, y eran, como los describe el historiador del arte Eric Gollanek (2008:220), "espacio[s] sobrecargado[s] para el consumo sensorial de imperio".

Nuevas tendencias en la salina: los capitanes como consumidores. La reconstrucción de los vibrantes conjuntos de bebida en Punta Salinas ha enriquecido nuestra comprensión de las escurridizas vidas materiales de los marineros del siglo XVIII, que hasta ahora se han podido sólo parcialmente conocer a través de la arqueología subacuática de naufragios. Mi investigación, de hecho, indica que los marineros de estrato social medio se entretenían en Punta Salinas rodeados de un equipamiento material que se equiparaba en muchos casos con el de las casas de los comerciantes acaudalados de Nueva Inglaterra (Goodwin, 2002). Los capitanes de La Tortuga no eran meramente imitadores pasivos o seguidores sin criterio de los dictámenes de moda de la élite mercantil colonial, sujetos a un "efecto de goteo" en el que la demanda y el estilo se filtraban gradualmente a las masas (Mullins, 2011:42–43; Hodge, 2014:7, 175). Más bien he descubierto que eran consumidores activos, entusiastas y discer-

nientes de bienes globales y llegaron a subirse a las olas de la moda antes de que éstas logaran alcanzar a las colonias británicas de Norteamérica.

Es aquí donde un análisis comparativo de los conjuntos de práctica de bebida y comida a través del tiempo revela los cambios en la moda en Punta Salinas y su relación con la moda en el mundo atlántico. La historiadora británica Lorna Weatherill (1986:108) ha señalado que durante los últimos años del siglo XVII y el primer cuarto del XVIII era inusual que los trabajadores asalariados y la gente de estrato social medio, del que formaban parte los capitanes, pudieran permitirse consumibles duraderos como la cerámica. La colección de cerámica de Punta Salinas no contradice esta observación, ya que todas las cerámicas pueden fecharse firmemente a finales de la década de 1720 y principios de la “revolución de los consumidores” (*Consumer Revolution*), cuando los productos industriales británicos se hicieron cada vez más disponibles en el mercado europeo y se incorporaron rápidamente a los baúles de los capitanes angloamericanos que cruzaban regularmente el Atlántico. Yo sostengo que esta cerámica elegante y frágil sustituyó a la modesta pero duradera vajilla de madera y peltre que se había utilizado hasta entonces de forma más comunal. Tales cambios fueron representativos del período georgiano (después de 1714) y su consiguiente orden georgiano (Deetz, 1977), ampliamente documentado en la arqueología histórica norteamericana y más recientemente revisado por la arqueóloga histórica Christina Hodge como la “revolución gentil” (*genteel revolution*), donde, entre otros varios aspectos, el refinamiento, la especialización y la individualidad fueron elevados y expresados materialmente en la aparición de recipientes y utensilios individualizados, formas de vajilla especializadas y juegos de vajilla (Hodge, 2014:84, 179). En efecto, los campamentos de La Tortuga demuestran que durante los últimos años de la década de 1720 y el principio de los 1730s la cerámica industrial se hizo accesible a los capitanes de mar de estrato social medio como nunca. Es precisamente en este periodo cuando aparecen los conjuntos de comida y bebida de Punta Salinas, con recipientes de moda de *delft* inglés y de gres inglés *white salt-glazed* en una amplia variedad de formas de vajilla.

Además, la forma en que el *creamware*, una loza británica blanca y refinada, raudamente reemplazó cualquier otra vajilla cerámica en los conjuntos de práctica de Punta Salinas proporciona un contundente ejemplo de que los capitanes siempre estaban a la vanguardia de las nuevas tendencias. El *creamware* es el segundo tipo de loza más abundante (107 recipientes individuales) en Punta Salinas y sólo pudo haber sido llevado allí durante un período de no más de 14 años (Fig. 8L). La primera vajilla de color crema, con un tono amarillo oscuro, entró en el mercado británico en 1762 y fue aclarada en 1767 (Miller, 2015:1–2), y, de hecho, una gran proporción de la vajilla de *creamware* de Punta Salinas refleja este primer tono amarillo oscuro. Además, la última llegada documentada de un barco angloamericano a la isla fue en 1776 (no se han conseguido registros en inglés de los probables angloamericanos que expulsó Icuza en 1781, y entre 1776 y 1781 no hay indicio documental de que marineros hayan visitado la isla). Entonces, la presencia sustancial de *creamware* temprano en los conjuntos de práctica en Punta Salinas en los cortos 14 años entre 1762 y 1776 es un indicador convincente de los gustos conscientes y vanguardistas y las oportunidades de compra inmediata de las cuales disponían los capitanes. Es por esto por lo que, en la década de 1760 el *creamware* había esencialmente sustituido a la mayoría de las demás cerámicas en los baúles de los capitanes, mucho antes de que la “revolución del *creamware*” (*creamware revolution*) se extendiera por las colonias británicas de Norteamérica en la década de 1770 (Martin, 1994).

Aunque esta breve sección sobre La Tortuga es apenas un abre bocas de la riqueza y diversidad de la evidencia arqueológica y documental de Punta Salinas, he pretendido mostrar aquí por qué estos campamentos del siglo XVIII junto a la salina en la desierta isla venezolana son un estudio de caso arqueológico histórico de gran valor comparativo. También he buscado demostrar el valor de aplicar el marco conceptual de conjuntos de práctica y cómo este ayuda a entender mejor las relaciones entre los humanos y las cosas en Punta Salinas y sus cambios a través del tiempo. Como he revelado al analizar los conjuntos de práctica de bebida y comida en los campamentos, los olvidados capitanes de mar angloamericanos, pertenecientes a un estrato social

medio, estuvieron a la vanguardia de la innovación con la cultura gentil del siglo XVIII. Sus movi­lidades a los puertos del circunatlántico fueron un factor que contribuyó a la insospechada presencia de tantas cosas de moda en el inhóspito sitio de Punta Salinas. Fue a través de estas cosas de moda que los capitanes podían subrayar sus identidades cosmopolitas y sus conexiones con lugares lejanos del mundo atlántico y más allá. En definitiva, estos marineros de principios de la Edad Moderna no eran meros imitadores pasivos de las tendencias de élite e impulsores anónimos del comercio imperial, sino más bien líderes culturales exigentes y consumidores discernientes de frutos imperiales.

EL MAR NO TIENE FRONTERAS: EL CARIBE VENEZOLANO EN EL MUNDO ATLÁNTICO

En este capítulo he buscado desempolvar el pasado colonial olvidado del Caribe venezolano y volver a engarzarlo con el panorama oceánico más amplio, porque, más que ser un impedimento húmedo, las autopistas acuáticas del Caribe venezolano eran parte integra del complejo entramado del gran Caribe y del palpitante mundo atlántico. Inesperadamente, al trazar sus itinerarios, la modesta sal de la isla española de La Tortuga jugó un papel crucial a ambos lados del Atlántico, por un lado, salando arenque báltico y fomentando con su comercio la Edad de Oro neerlandesa del siglo XVII y, por otro, sustentando el músculo imperial británico y francés del siglo XVIII en forma de la salazón de “pescado de desecho” que alimentó a las personas esclavizadas que laboraban en las haciendas azucareras de las Antillas Menores. Es por lo segundo que La Tortuga venezolana no era ni más ni menos que la isla de sal más importante del Caribe en el siglo XVIII.

Asimismo, espero haber demostrado que el Caribe venezolano no era sólo un deshabitado espacio de tránsito que atravesaban marineros extranjeros para extraer recursos y marcharse. La arqueología histórica en el Caribe venezolano no ha sido una búsqueda de grandes narrativas, de lo monumental o lo renombrado, sino de lo efímero, de lo que a primera vista parece insignificante, de las vidas olvidadas que transcurrieron en islas olvidadas.

A través de una arqueología de largo plazo, comprometida con esta región insular, se llegaron a identificar y excavar las tenues huellas de los navegantes que año tras año acampaban junto a sus salinas. Es aquí donde la sorprendente riqueza de miles de tiestos, huesos y hierros oxidados descubiertos en las arenas de los campamentos del siglo XVIII, como el de Punta Salinas en La Tortuga, me impulsó a entender mejor cómo vivían estos marineros apenas visibles en la historiografía. Los restos que habían dejado podían contar sorprendentes historias, que sólo resucitarían si se analizaban los datos minuciosamente y se organizaban en un marco conceptual que tuviera la capacidad de englobar las múltiples escalas de sus movidas vidas acuáticas y sus relaciones con las cosas en un mundo marítimo en creciente auge globalizador. Es así como nació el marco conceptual de “conjuntos de práctica”, con el cuál espero haberle devuelto algo del olor a pescado frito mezclado con el holgorio de las voces a la peculiar taberna de toldos montada a orillas de la resplandeciente salina de La Tortuga.

Así que la singular movilidad que ofrecía el mar significó que en la desolada isla de La Tortuga aparecieran nuevas tendencias británicas que ni siquiera habían llegado a las tiendas de los puertos de Boston o Nueva York. Puestas en uso, estas cosas de moda – fueran frágiles poncheras de Bristol con sus exóticos contenidos, elegantes fuentes de Ruan o brillantes hebillas de zapato – comprimían múltiples escalas espaciales, haciendo que lo lejano y global residiera en lo íntimamente local en la salina. El Caribe venezolano del siglo XVIII no era, entonces, ni un sereno remanso, ni una formidable frontera azul o un mero intersticio del mundo atlántico; era un vital y pujante tejido conectivo que unía a gentes y cosas de los cuatro vientos en nuevos y crecientes entrelazamientos.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quiero agradecer a mis padres, Andrzej (†) y Maria Magdalena Antczak, por su constante apoyo de mis investigaciones y su pionero descubrimiento y excavación de los yacimientos de las islas venezolanas; sin ellos nada de esto podría

haberse escrito. A lo largo de los años, me han nutrido con su amistad, consejos y guía Marley Brown, Mary Beaudry (†), Frederick Smith, Neil Norman, Jonathan Glasser, Martin Gallivan, Jonathan Walz, Robert Vander Poppen y Ashley Kistler y Sandra Montón Subías, a quienes estoy grandemente agradecido. Quiero también agradecer a Michiel Bartels por descubrir y compartirnos la canción de Rhijnenburgh y a Antonius Harmsen y Christopher Joby por su experta traducción del neerlandés de siglo XVII. En La Tortuga, las expediciones desde 1993 han contado con la irremplazable ayuda de Reinaldo Suhr, Gregorio Breidenbach, Arturo Breidenbach, Ali Kohler (†), Rafael Strubingher (Rafa), César Augusto Seijas, Carlos Riveros (Carlito), Yilca Mulato, Leonard Fehr (Leo), Lerman Portes, Bernardo Gutt Fehr, Oliver Antczak, José Miguel Pérez Gómez, Karel Bentata, Luis Alberto Carnicero, Alberto Boscari, José Voglar y Regulo Briceño. El apoyo financiero fue generosamente dado por The Gordon Childe Research Fund, The Institute of Archaeology - University College London, The University College London Graduate School Research Fund, las embajadas de Los Países Bajos, Polonia, Alemania y Estados Unidos en Caracas y la Universidad Simón Bolívar. La Fundación Científica Los Roques (FCLR), Juan Salazar (Juancho), el Servicio de Guardacostas, Vigilancia Costera, la Federación de Aeroclubes de Venezuela, Enrique Lander, Álvaro Tovar Larraín (†), Roderick y William Römer, Caleb White, Maruja Berracasa, la Fundación Manoa, la Fundación La Tortuga y Jorge García han prestado un importante apoyo logístico. Quiero también agradecer al Instituto del Patrimonio Cultural de Venezuela por su autorización para realizar las campañas de trabajo de campo en La Tortuga. La elaboración de este capítulo ha recibido el apoyo del proyecto IJC2020-044528-I financiado por el MCIN/AEI/10.13039/501100011033 de España, el "NextGenerationEU" de la Unión Europea, y el "Plan de Recuperación, Transformación y Resiliencia". Al equipo editorial y revisores anónimos por comentarios, correcciones y sugerencias que ayudaron a mejorar esta contribución.

REFERENCIAS

- Acuña D. 1934 [1625]. Carta, 13 de febrero, Santo Domingo. Diego Acuña al Rey (203 p). En: Wright IA, van Dam CFA (Eds.), *Nederlandsche Zeevaarders op de Eilanden in de Caraïbische Zee en aan de Kust van Columbia en Venezuela Gedurende de Jaren 1621–1648*. Utrecht: Kemink en Zoon N.V.
- Aizpurua R. 1993. *Curazao y la Costa de Caracas: introducción al estudio del contrabando de la Provincia de Venezuela en tiempos de la Compañía Guipuzcoana, 1730-1780*. Fuentes para la historia colonial de Venezuela, 222. Caracas: Academia Nacional de Historia.
- Antczak AT, Antczak KA, Antczak MM. 2015. Risky Business: Archaeology of the Dutch Salt Enterprise on La Tortuga Island Venezuela (1624–38). *Post-Medieval Archaeology* 49 (2):189–219.
- Antczak KA. 2015. "Tavern" by the Saltpan: New England Seafarers and the Politics of Punch on La Tortuga Island, Venezuela, 1682–1781. *International Journal of Historical Archaeology* 19(1):159–187.
- Antczak KA. 2018. Cultivating Salt: Socio-Natural Assemblages on the Saltpans of the Venezuelan Islands, Seventeenth to Nineteenth Century. *Environmental Archaeology* 23(1):56–68.
- Antczak KA. 2019. *Islands of Salt: Historical Archaeology of Seafarers and Things in the Venezuelan Caribbean, 1624–1880*. Tabouli Series 6. Leiden: Sidestone Press.
- Antczak KA. 2022. Saltertuda: los angloamericanos y la sal de la isla venezolana de La Tortuga en el mundo atlántico, 1638-1781, I Parte. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 419 (julio–septiembre):41–85.
- Antczak KA. 2023. Saltertuda: los angloamericanos y la sal de la isla venezolana de La Tortuga en el mundo atlántico, 1638-1781, II Parte. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* 421(enero–marzo):101–170.
- Antczak KA, Beaudry MC. 2019. Assemblages of practice. A conceptual framework for exploring human–thing relations in archaeology. *Archaeological Dialogues* 26(2):87–110.
- Andrade Fernández R. 2021. Un insomne monstruo contenido: Vitalidad del mar en la narrativa de Gustavo Díaz Solís. *Tropico Absoluto*, 21 marzo 2021. <https://tropicoabsoluto.com/2021/03/21/un-insomne-monstruo-contenido-vitalidad-del-mar-en-la-narrativa-de-gustavo-diaz-solis/> consultado el 5 mayo 2022.
- Antonelli JB [El Mozo]. 1934 [1633]. Reporte, 20 de noviembre, Cumaná (136–140 pp). En: Wright IA, van Dam CFA (Eds.), *Nederlandsche Zeevaarders op de Eilanden in de Caraïbische Zee en aan de Kust van Columbia en Venezuela Gedurende de Jaren 1621–1648*. Utrecht: Kemink en Zoon N.V.
- Appadurai A. 1986. Introduction: commodities and the politics of value (3–63 pp). En: Arjun A (Ed.), *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Archer M. 1997. *Delfware: The Tin-Glazed Earthenware of the British Isles*. Londres: Victoria and Albert Museum.
- Archivo Histórico Nacional [AHN]. 1639. Diversos-Colecciones, 26, N.81, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, España.

- Archivo General de Indias [AGI]. 1638. MP-Venezuela, 24—Planta de la Isla Tortuga, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, España.
- Arias Montano B. 1934a [1632]. Carta, 1 al 20 de octubre. Carta al Rey (129–132 pp). En: Wright IA, van Dam CFA (Eds.), *Nederlandsche Zeevaarders op de Eilanden in de Caraïbische Zee en aan de Kust van Columbia en Venezuela Gedurende de Jaren 1621–1648*. Utrecht: Kemink en Zoon N.V.
- Arias Montano B. 1934b [1633]. Carta, 5 de noviembre, Cumaná. Carta al Rey (146–147 pp). En: Wright IA, van Dam CFA (Eds.), *Nederlandsche Zeevaarders op de Eilanden in de Caraïbische Zee en aan de Kust van Columbia en Venezuela Gedurende de Jaren 1621–1648*. Utrecht: Kemink en Zoon N.V.
- Arias Montano B. 1934c [1638]. Carta, 10 de junio, Cumaná. Benito Arias Montano a Ruy Fernández de Fuenmayor (140–141 pp). En: Wright IA, van Dam CFA (Eds.), *Nederlandsche Zeevaarders op de Eilanden in de Caraïbische Zee en aan de Kust van Columbia en Venezuela Gedurende de Jaren 1621–1648*. Utrecht: Kemink en Zoon N.V.
- Arráiz A. 1950. *El mar es como un Potro: (Dámaso Velázquez)*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Beaudry MC. 2013. Feasting on Broken Glass: Making Meals of Seeds, Bones, and Sherds. *Northeast Historical Archeology* 42:184–200.
- Beaudry MC. 2017. Documentary archaeology. Dialogues and discourses (184–200 pp). En: Symonds J, Vesa-Pekka H (Eds.), *The Oxford Handbook of Historical Archaeology*. Oxford: Oxford University Press.
- Beaudry MC, Symonds J. 2010. Introduction: Transatlantic Dialogues and Convergences (ni–xxii pp). En: Beaudry MC, Symonds J (Eds.), *Interpreting the Early Modern World*. Nueva York: Springer.
- Bellomont, Lord. 1910 [1700]. Carta, 23 de abril, Boston. Governor the Earl of Bellomont to the Council of Trade and Plantations (196 p). En: Cecil H (Ed.), *Calendar of State Papers, Colonial Series, America and West Indies, 1700*. Londres: Her Majesty's Stationery Office.
- Bennett J. 2010. *Vibrant Matter: A Political Ecology of Things*. Durham: Duke University Press.
- Bourdieu P. 1977. *Outline of a Theory of Practice*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bracho PJA. 2005a. *La defensa marítima en la Capitanía General de Venezuela (1783–1813)*. Caracas: INEA.
- Bracho PJA. 2005b. *El derecho internacional marítimo en el mar de Venezuela (1700–1783)*. Caracas: INEA.
- Britto García L. 1998. *Demonios del mar: piratas y corsarios en Venezuela 1528–1727*. Caracas: Comisión Presidencial V Centenario De Venezuela, Fundación Francisco Herrera Luque, Fundación Banco Mercantil.
- Cartay R. 1991. *Historia de la alimentación del Nuevo Mundo*. San Cristóbal: Editorial Futuro.
- Castillo Hidalgo RI. 2005. *Asentamiento español y articulación interétnica en Cumaná (1560–1620)*. Fuentes para la historia colonial de Venezuela, 259. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.
- Cervigón F. 1995. *Las Dependencias Federales*. Serie Historias Regionales. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.
- Cromwell J. 2018. *The Smugglers' World. Illicit Trade and Atlantic Communities in Eighteenth-Century Venezuela*. Chapel Hill: Omohundro Institute of Early American History and Culture – University of North Carolina Press, Chapel Hill.
- Dampier W. 1699. *A New Voyage Round the World, Volume I, 4th ed*. Londres: James Knapton.
- de Amézaga Aresti V. 1966 *Vicente Antonio de Icaza, comandante de corsarios*. Caracas: Ediciones del Cuatricentenario de Caracas.
- de Amaya J. 1934 [1632]. Declaración, 1 de octubre, Caracas (134–135 pp). En: Wright IA, van Dam CFA (Eds.), *Nederlandsche Zeevaarders op de Eilanden in de Caraïbische Zee en aan de Kust van Columbia en Venezuela Gedurende de Jaren 1621–1648*. Utrecht: Kemink en Zoon N.V.
- de Sousa Santos B. 2018. *The End of the Cognitive Empire: The Coming of Age of Epistemologies of the South*. Durham: Duke University Press.
- de Certeau M. 1984. *The Practice of Everyday Life*. Berkeley: University of California Press.
- de Certeau M, Giard L y Mayol P. 1998. *The Practice of Everyday Life. Volume 2: Living and Cooking*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- de Eulate, Don J. 1932[?] [1633]. Carta, 20 de julio. Letter from Don Juan de Eulate, Governor of Margarita to the King of Spain. *The Trinidad Historical Society* 61.
- de Suasola S. 1934 [1630]. Declaración, 20 de agosto, Caracas. Declaración del naufrago Seledón de Suasola (125–129 pp). En: Wright IA, van Dam CFA (Eds.), *Nederlandsche Zeevaarders op de Eilanden in de Caraïbische Zee en aan de Kust van Columbia en Venezuela Gedurende de Jaren 1621–1648*. Utrecht: Kemink en Zoon N.V.
- Deetz J. 1977. *In Small Things Forgotten: The Archaeology of Early American Life*. Nueva York: Doubleday.
- DeLanda M. 2006. *A New Philosophy of Society: Assemblage Theory and Social Complexity*. Londres: Continuum.
- Deleuze G, Guattari F. 2004. *A Thousand Plateaus: Capitalism and Schizophrenia*. Londres: Continuum.
- Díaz Solís G. 1950. *Llueve sobre el mar ... : (cuentos)*. Caracas: Asociación de Escritores Venezolanos.
- Domínguez Rubio F. 2016. On the discrepancy between objects and things. An ecological approach. *Journal of Material Culture* 21(1):59–86.
- Felice Cardot C. 1982. *Curacao hispánico: antagonismo flamenco-español*. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República.
- Fontijn D. 2002. *Sacrificial Landscapes: Cultural Biographies of Persons, Objects and 'Natural' Places in the Bronze Age of the Southern Netherlands*. Leiden: Leiden University Press.
- Fontijn D. 2013. Epilogue: Cultural Biographies and Itineraries of Things: Second Thoughts (183–195 pp). En: Hahn HP, Weiss, H (Eds.), *Mobility, Meaning and Transformations of Things: Shifting Contexts of Material Culture Through Time and Space*. Oxford: Oxbow Books.
- Fowler C. 2017. Relational Typologies, Assemblage Theory and Early Bronze Age Burials. *Cambridge Archaeological Journal* 27 (1):95–109.
- Giddens A. 1979. *Central Problems in Social Theory: Action, Structure, and Contradiction in Social Analysis*. Londres: MacMillan

- Press.
- Gilmore ZI, O'Donoghue JM. 2015 Introduction: The Enigma of the Event (1–22 pp). En: Gilmore ZI, O'Donoghue JM (Eds.), *The Archaeology of Events: Cultural Change and Continuity in the Pre-Columbian Southeast*. Tuscaloosa: University of Alabama Press.
- Gollanek EF. 2008. "Empire Follows Art:" *Exchange and the Sensory Worlds of Empire in Britain and its Colonies, 1740–1775*. Ph.D. dissertation. University of Delaware, Newark.
- Goodwin LB. 2002. *An Archaeology of Manners: The Polite World of the Merchant Elite of Colonial Massachusetts*. Nueva York, Londres: Kluwer Academic/Plenum.
- González Portales F. 2014. Arqueología de Caracas. Aproximación histórico-arqueológica a los banquetes y el ajuar cerámico de la Quinta de Anaúco durante el siglo XIX (1826–1883). *Nuestro Sur* 5(8):73–88.
- Gosden C, Marshall Y. 1999. The Cultural Biography of Objects. *World Archaeology* 31(2):169–178.
- Guía G, Farage L. 2015. Presentación: Historia naval y la historia de las relaciones civiles-navales en Venezuela e Hispanoamérica de los siglos XVII, XVIII, XIX Y XX. *Tiempo y Espacio* 64:13–17.
- Hahn HP, Weiss H. 2013. Introduction: Biographies, Travels and Itineraries of Things (1–14 pp). En: Hahn HP, Weiss H (Eds.), *Mobility, Meaning and Transformations of Things: Shifting Contexts of Material Culture Through Time and Space*. Oxford: Oxbow Books.
- Harvey K. 2012. Ritual Encounters: Punch Parties and Masculinity in the Eighteenth Century. *Past and Present* 124:165–203.
- Hernández de la Rosa A. 1933 [1632]. Carta, 22 de octubre, Cumaná (136 p). Alonso Hernández de la Rosa al Gobernador Francisco Núñez Meleán. En: Wright IA, van Dam CFA (Eds.), *Nederlandsche Zeevaarders op de Eilanden in de Caraïbische Zee en aan de Kust van Columbia en Venezuela Gedurende de Jaren 1621–1648*. Utrecht: Kemink en Zoon N.V.
- Herrera Malatesta E. 2018. *Una isla, dos mundos: Estudio arqueológico sobre el paisaje indígena de Haytí y su transformación al paisaje colonial de La Española (1200–1550)*. Leiden: Sidestone Press Dissertations.
- Hertslet, Sir E. 1878. *Treaties and Tariffs Regulating the Trade Between Great Britain and Foreign Nations, etc. Part V, Spain*. Londres.
- Hodder I. 2011 Human-Thing Entanglement: Towards an Integrated Archaeological Perspective. *Journal of the Royal Anthropological Institute* 17(1):154–177.
- Hodder I. 2012 *Entangled: An Archaeology of the Relationships between Humans and Things*. Oxford: Wiley-Blackwell.
- Hodder I. 2014 The Entanglements of Humans and Things: A Long-Term View. *New Literary History* 45(1):19–36.
- Hodder I. 2016. *Studies in Human-Thing Entanglement*. S.p.
- Hodge CJ. 2014. *Consumerism and the Emergence of the Middle Class in Colonial America*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hoskins J. 1998. *Biographical Objects: How Things Tell the Stories of People's Lives*. Londres: Routledge.
- Ingold T. 1993. The Temporality of the Landscape. *World Archaeology* 25(2):152–174.
- Ingold T. 2011. *Being Alive: Essays on Movement, Knowledge and Description*. Londres: Routledge.
- Ingold T. 2013. *Making: Anthropology, Archaeology, Art and Architecture*. Londres: Routledge.
- Ingold T. 2014. Is There Life Amidst the Ruins? *Journal of Contemporary Archaeology* 1(2):231–235.
- Ingold T. 2015. *The Life of Lines*. Londres: Routledge.
- Ingold T. 2017. On Human Correspondence. *Journal of the Royal Anthropological Institute* 23(1):9–27.
- Jarvis M. 2002. Maritime Masters and Seafaring Slaves in Bermuda, 1680–1783. *William and Mary Quarterly* 59(3):585–622.
- Jervis B. 2018 Assembling the archaeology of the global Middle Ages. *World Archaeology* 49(5):666–680.
- Joy J. 2009. Reinvigorating Object Biography: Reproducing the Drama of Object Lives. *World Archaeology* 21(4):540–556.
- Joyce RA. 2012a. Life with Things: Archaeology and Materiality (119–132 pp). En: Shankland D (Ed.), *Archaeology and Anthropology: Past, Present and Future*. ASA Monographs, 48. Londres: Berg.
- Joyce RA. 2012b. From Place to Place: Provenience, Provenance, and Archaeology (48–60 pp). En: Feigenbaum G, Reist I (Eds.), *Provenance: An Alternate History of Art*. Los Angeles: Getty Publications.
- Joyce RA. 2006. Writing Historical Archaeology (48–65 pp). En: Hicks D, Beaudry MC (Eds.), *The Cambridge Companion to Historical Archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Joyce RA. 2008. Practice in and as Deposition (25–39 pp). En: Mills BJ, Walker WH (Eds.), *Memory Work: Archaeologies of Material Practices*, Santa Fe: SAR Press.
- Joyce RA, Lopipardo J. 2005. Postscript: Doing Agency in Archaeology. *Journal of Archaeological Method and Theory* 12(4):365–74.
- Joyce RA, Gillespie SD. 2015. Making Things out of Objects That Move (3–20 pp). En: Joyce RA, Gillespie SD (Eds.), *Things in Motion: Object Itineraries in Anthropological Practice*. Santa Fe: SAR Press.
- Keane EW. 1997. *Signs of Recognition: Powers and Hazards of Representation in an Indonesian Society*. Berkeley: University of California Press.
- Kopytoff I. 1986. The Cultural Biography of Things: Commoditisation as Process (64–91 pp). En: Appadurai A (Ed.), *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Lefebvre H. 2004. *Rhythmanalysis: Space, Time, and Everyday Life*. Londres: Continuum.
- Lefebvre H. 2008. *Critique of Everyday Life*. Londres: Verso.
- Library of Congress. 1909. *Journals of the Continental Congress, 1774–1789, Volume 15*. Washington D.C.: Government Printing Office.
- Lucas G. 2017. Variations on a theme. Assemblage archaeology. *Cambridge Archaeological Journal* 27(1):187–190.
- MacKenzie M. 1991 *Androgynous Object: String Bags and Gender in Central New Guinea*. Londres: Harwood Academic Publishers.
- Marila M. 2017. Vagueness and archaeological interpretation. A sensuous approach to archaeological knowledge formation

- through finds analysis. *Norwegian Archaeological Review* 50 (1):66–88.
- Martin, AS. 1994. “Fashionable Sugar Dishes, Latest Fashion Ware.” The Creamware Revolution in the 18th-Century Chesapeake (169–187 pp). En: Shackel P, Little B (Eds.), *Historical Archaeology of the Chesapeake*. Washington D.C.: Smithsonian Institution Press.
- McFarland R. 1911. *The History of the New England Fisheries with Maps*. Nueva York: University of Pennsylvania.
- Meskel L. 2004. *Object Worlds in Ancient Egypt: Material Biographies in Past and Present*. Londres: Berg.
- Meskel L. (Ed.) 2008. *Archaeologies of Materiality*. Londres: Blackwell.
- Miller GL. 2015. Common Standard Creamware Plate Patterns. Electronic document. <http://www.jefpat.org/diagnostic/postcolonial%20ceramics/Cup%20Shapes/Common%20Creamware%20plate%20patterns.pdf>. Accessed February 2, 2021.
- Mizoguchi K. 2015. A future of archaeology. *Antiquity* 89:12–22.
- Montón-Subías S, Almudena H. 2017. Modern Colonialism, Eurocentrism and Historical Archaeology: Some Engendered Thoughts. *European Journal of Archaeology* 21(3):455–471.
- Mullins PR. 2011. *The Archaeology of Consumer Culture*. Gainesville: University Press of Florida.
- Newton AP. 1914. *The Colonising Activities of the English Puritans: The Last Phase of the Elizabethan Struggle with Spain*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Normark J. 2010. Involutions of Materiality: Operationalizing a Neo-Materialist Perspective through the Causeways at Ichmul and Yo’okop. *Journal of Archaeological Method and Theory* 17(2):132–173.
- Naval Office shipping lists (NOSL): Barbados C.O. 33/13–15, Bermuda C.O. 41/6–7, Massachusetts C.O. 5/848–851, New Hampshire C.O. 5/967–969, New York C.O. 5/1222–1229. Londres: Public Records Office.
- Núñez EB. 1931. *Cubagua*. Paris: Le Livre libre.
- Nweihed KG. 1974. *La vigencia del mar: una investigación acerca de la soberanía marítima y la plataforma continental de Venezuela dentro del marco internacional del derecho del mar, Volumen I y II*. Caracas: Editorial Equinoccio.
- Meerhout J. 1625 [9 de junio] Not. Arch. 256/fo. 189, Notarial Archives, Amsterdam City Archives.
- Moreau A. 2007. Las medidas fundamentales (378–413 pp). En: Cunill Grau P (Ed.), *GeoVenezuela, Tomo I*. Caracas: Fundación Empresas Polar.
- Ortega Rincones E. 2003. *Historia del Resguardo Marítimo de Venezuela 1781–1804*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.
- Ortner SB. 1984 Theory in Anthropology Since the Sixties. *Comparative Studies in Society and History* 26(1): 126–66.
- Ortner SB. 2006. *Anthropology and Social Theory: Culture, Power, and the Acting Subject*. Durham, NC.: Duke University Press.
- Overholtzer L, Robin C. 2015. The Materiality of Everyday Life. An Introduction. *Archaeological Papers of the American Anthropological Association* 26:1–9.
- Panich LM. 2013. Archaeologies of persistence. Reconsidering the legacies of colonialism in native North America. *American Antiquity* 78(1):105–122.
- Pares R. 1963. *War and Trade in the West Indies, 1739–1763*. Londres: Taylor & Francis.
- Peirce CS. 1997. *Pragmatism as a principle and method of right thinking. The 1903 Harvard lectures on pragmatism*. Turrissi PA (Ed.). New York: State University of New York Press.
- Petición del Gobernador. 1926 [1713]. Carta, 3 de diciembre. Petición del Gobernador, Consejo y Asamblea de la Bahía de Massachusetts a la Reina (256 p). En: Cecil H. (Ed.), *Calendar of State Papers, Colonial Series, America and West Indies, July, 1712–July, 1714*. Londres: Her Majesty's Stationery Office.
- Pauketat TR. 2001. Practice and History in Archaeology: An Emerging Paradigm. *Anthropological Theory* 1:73–98.
- Renfrew C. 1986 Varna and the Emergence of Wealth in Prehistoric Europe (141–168 pp). En: Appadurai A (Ed.), *The Social Life of Things: Commodities in Cultural Perspective*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rey González JC. 2020. La guerra por la sal en el Caribe venezolano (1598-1648) (60–105 pp). En: Muñoz L, Rodríguez Díaz M del R, Abreu Cardet J (Eds.), *Guerras irregulares en el Caribe*. Michoacán: Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Rhijnemburgh C. 1661. *Vreugde-bergh, het tweede deel. Bestaende in nieu-jaers en kars-gesangen, ziel-suchten, en andere opmerckende deentjes*. 2da Ed. Medemblik: Claesz Theunisz (copia en el Biblioteca Real de La Haya, estantería no. 1 E 22:2).
- Rival L. 2012 The materiality of life: Revisiting the anthropology of nature in Amazonia. *Indiana* 29:127–143.
- Robin C. 2013 *Everyday Life Matters: Maya Farmers at Chan*. Gainesville: University Press of Florida.
- Rodríguez Velásquez F. 2023 Enredados por las perlas: Historias de trabajo indígena, europeo y africano en las islas y costas de las perlas durante la temprana época moderna (1498-1620). Tesis de doctorado. Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro, Río de Janeiro.
- Rodríguez Yilo AC, Brooks A. 2012. Speaking in Spanish, Eating in English; Ideology and Meaning in Nineteenth-Century British Transfer Prints in Barcelona, Anzoátegui State, Venezuela. *Historical Archaeology* 46(3):47–62.
- Rondón Y. 2009. La región histórica margariteña y su influencia en la conformación de redes comerciales en el Caribe. *Memorias* 6(11):97–127.
- Sahlins M. 1985. *Islands of History*. Chicago: University of Chicago Press.
- Santos-Granero F. (editor). 2008. *The Occult Life of Things: Native Amazonian Theories of Materiality and Personhood*. Tucson: University of Arizona Press.
- Shanks M. 2012. *The Archaeological Imagination*. Nueva York: Routledge.
- Shanks M, Tilley C. 1987. *Social Theory and Archaeology*. Cambridge: Polity Press.
- Silliman SW. 2001. Agency, Practical Politics, and the Archaeology of Culture Contact. *Journal of Social Archaeology* 1(2):184–204.

- Silliman SW. 2009. Change and continuity, practice and memory. Native American persistence in Colonial New England. *American Antiquity* 74(2):211–230.
- Silliman SW. 2012 Between the Longue Durée and the Short Purée (113–131 pp). En: Oland M, Hart SM y Frink L (Eds.), *Decolonizing Indigenous Histories: Exploring Prehistoric/Colonial Transitions in Archaeology*. Tucson: University of Arizona Press.
- Silliman SW. 2014. Archaeologies of indigenous survivance and residence. Navigating colonial and scholarly dualities (57–75 pp). En: Ferris N, Harrison R, Wilcox MV (Eds.), *Rethinking Colonial Pasts through Archaeology*. Oxford: Oxford University Press.
- Sluiter E. 1948. Dutch-Spanish Rivalry in the Caribbean Area, 1594–1609. *The Hispanic American Historical Review* 28(2): 165–196.
- Subero E. 1974. *El Mar en la literatura venezolana*. Volúmenes 1 y 2. Caracas: Ediciones del Congreso de la República.
- Thomas J. 1996. Time, Culture and Identity. Londres: Routledge.
- Thomas J. 1999. An Economy of Substances in Earlier Neolithic Britain (70–89 pp). En: Robb J (Ed.), *Material Symbols: Culture and Economy in Prehistory*. Carbondale: Southern Illinois University.
- Thomas J. 2016. Comment (160–163 pp). En: Hillerdal C, Siapakas J (Eds.), *Debating Archaeological Empiricism: The Ambiguity of Material Evidence*. Nueva York: Routledge.
- Thomas N. 1991. *Entangled Objects Exchange, Material Culture, and Colonialism in the Pacific*. Cambridge: Harvard University Press.
- Tilley C. 1994. *A Phenomenology of Landscape: Places, Paths, and Monuments*. Oxford: Berg.
- Tilley C. 1996. *An Ethnography of the Neolithic: Early Prehistoric Societies in Southern Scandinavia*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tilley C. 1999. *Metaphor and Material Culture*. Oxford: Blackwell.
- Tilley C. 2007. Materiality in Materials. *Archaeological Dialogues* 14 (1):16–20.
- Tringham R. 1995. Archaeological Houses, Households, Housework and the Home (79–107 pp). En: Benjamin DN, Stea D y Arén E (Eds.), *The Home: Words, Interpretations, Meanings, and Environments*. Aldershot: Avebury.
- Tuan Y-F. 1977. *Space and Place: The Perspective of Experience*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- van der Linde SJ, van den Drie MH, Wait G. 2018. Putting the soul into archaeology. Integrating interpretation into practice. *Advances in Archaeological Practice* 6(3):181–186.
- Varela Marcos J. 1980 *Las salinas de Araya y el origen de la Armada de Barlovento*. Fuentes para la Historia Colonial de Venezuela, 146. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.
- Vázquez de Espinosa A. 1987[1629]. Compendio y descripción de las Indias Occidentales (72–74 pp). En: Becco HJ (Ed.), *Venezuela imágenes de cuatro siglos: testimonios de viajeros*. Caracas: Fundación de Promoción Cultural de Venezuela.
- Vickers D, Walsh V. 2007. *Young Men and the Sea: Yankee Seafarers in the Age of Sail*. New Haven, CT.: Yale University Press.
- Vitelli G. 2011. Change and continuity, practice and memory. A response to Stephen Silliman. *American Antiquity* 76(1):177–189.
- Vivas Pineda G. 1998. *La Aventura Naval de la Compañía Guipuzcoana de Caracas*. Caracas: Fundación Polar.
- Vivas Pineda G. 2015. La península regalada: el olvido marítimo en las negociaciones por la Guajira, 1833–1891. *Tiempo y Espacio* 33(64):243–286.
- Voss BL, Allen R. 2010. Guide to ceramic MNV calculation. Qualitative and quantitative analysis. *Technical Briefs in Historical Archaeology* 5:5–9.
- Viveiros de Castro E. 1998 Cosmological Deixis and Amerindian Perspectivism. *The Journal of the Royal Anthropological Institute* 4(3):469–488.
- Viveiros de Castro E. 2004. Exchanging Perspectives: The Transformation of Objects into Subjects in Amerindian Ontologies. *Common Knowledge* 10(3):463–484.
- Weatherill L. 1986. *The Growth of the Pottery Industry in England 1660–1815*. Nueva York: Garland Publishing.
- Wilkie L. 2009. Interpretive Historical Archaeologies (333–345 pp). En: Majewski T, Gaimster D (Eds.), *International Handbook of Historical Archaeology*. Nueva York: Springer.
- Wondrich, D. 2021. Punch (562–564 pp). En: Wondrich D, Rothbaum N (Eds.), *The Oxford companion to spirits and cocktails*. Oxford: Oxford University Press.
- Yentsch A. 1990. Minimum Vessel Lists as Evidence of Change in Folk and Courtly Traditions of Food Use. *Historical Archaeology* 24(3): 24–53.